



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

VIAJEROS ROMÁNTICOS POR LA ESPAÑA ISABELINA

Por M.^ª ISABEL ABRADELO DE USERA y LUIS E. TOGORES SÁNCHEZ

España, como señala Tovar, era, sin duda el país más romántico de la Europa del siglo pasado. ¿Qué país europeo podía ofrecer más orientalismo y medievalismo que la España isabelina? ¿Qué pueblo era más apasionado en sus costumbres, aquí está el tópico, más agitado y caballeresco? ¿Qué nación tenía un pasado más glorioso, una literatura más rica, original y llena de emociones? ¿Dónde existían caminos y veredas más arriesgados, con paisajes más variopintos y evocadores, ruinas que inviten a la reflexión y sugieran el misterio? ¿ojos de mujer, negros como el azabache, creados para llevar a un hombre a la perdición?¹ Mientras la Europa protestante y calvinista vivía para el

comercio y la riqueza sin cuento, España se desgarraba a sí misma en nombre de Dios y de la Tradición, se alzaba con los labios llenos de las palabras Libertad, Constitución y Revolución.²

La revolución trajo grandes cambios, la expresión de una inquietud, al propio tiempo que la repulsa a una existencia prosaica y aburguesada. Los románticos surgen envueltos en un halo de pesimismo impregnado de tradición antigua, de nobleza primitiva ganada ante los muros de alguna inexpugnable fortaleza, con vetas de religiosidad profunda y de sueños de libertad. Nace un hombre nuevo arrebatado de individualismo al tiempo que postula un orden social en el que difícilmente pueden convivir sus sueños de una sociedad nueva con el restablecimiento del viejo modelo medieval. De esta contradicción nacerá una idea nueva, el genuino espíritu nacional en el que fraguaron las grandes naciones y estados surgidos en el pasado siglo, tras la catarsis de la unificación vivificadora, centralista e igualadora.

Serán estos personajes románticos, de factura nacional o extranjera, los que crucen los campos de España en afanosa búsqueda de lo que en sus entrañas se esconde. Se les conoce por cualquier raza en su aspecto, sus gustos y su carácter. Su

¹ Hans Christian Andersen no dudó en opinar: «Aunque ya se ha abolido la Inquisición en España, aún quedan muchas cosas por abolir, pero no los ojos andaluces. Eso sería un pecado contra el mundo; eso sería apagar las estrellas; y bien que brillan en España, en el cielo y bajo las largas y bellas pestañas, no sólo tras de las mantillas de seda negra adornadas con encaje sino también entre los hijos de los pobres, entre las guapas gitanas que vimos vendiendo avellanas» (Hans Christian ANDERSEN: *In Spain*, Londres, Richard Bentley, 1864, p. 103).

El reverendo Richard Roberts ya había expresado la misma opinión en 1860: «Las mujeres españolas sobresalen por sus ojos, pestañas y cejas y si se añade un magnífico cabello, brillante como el ala de un cuervo y, exhibe su brillante lujo sin tocado, excepto un pequeño arreglo, en la mayor parte de los casos se está haciendo referencia a la atracción principal de la belleza española» (Richard ROBERTS: *An Autumn tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 314).

² Alfonso FIGUEROA Y MELGAR, *Viajeros románticos por España*, Madrid, 1971, p. 9.

modo de vestir, admite Théophile Gautier, está profundamente meditado. León Gozlan los dibuja con «traje negro, abotonado desde el epigastrio hasta las carótidas maxilares, un cuello flojo... la tez pálida, escuálida y opalina», tez que revela una angustia vital por el anhelo de una muerte próxima. Deben vivir rápido o desaparecer. Prototipo de romántico y viajero quizá sea Byron, amargo e insolente, mercenario de las causas de la libertad, narcisista, que no espera más que la belleza ante el sacrificio altivo en Missolonghi.³

En estos años ya ha triunfado el retorno al irracionalismo, el *Wolksgeist* se abre paso de forma imparable entre las conciencias de los pueblos de Europa, al tiempo que la erudición y la búsqueda de las fuentes profundas en la Historia y en la tradición se imponen junto a la atracción por lo exótico y pintoresco. Junto al amor por lo clásico la pasión por Asia y África se dispara. Pero el gran hallazgo será la recuperación de la Edad Media. Schlegel sigue a Lessing cuando exclama: «Admitamos la noche del Medioevo; pero es una noche resplandeciente de estrellas».

En la España de la primera mitad del pasado siglo se conjuraban, de forma natural, todos los elementos que un espíritu romántico podía desear. Los castillos y fortalezas salpicaban los campos y tierras de España, sus torres ajadas por el tiempo mostraban un pasado repleto de atractivos en el cual, de manera única y singular, se mezclaba la Edad Media europea, con sus caballeros cubiertos del hierro de sus armaduras, con el susurrante rumor del agua de las alcazabas de ensueño, la Alhambra, en la que los jinetes llegados del desierto africano ponían el anhelo exótico, oriental, produciendo una mezcla irrepitible en occidente.

³ Sandor Petöfi caerá en el campo de batalla de Segesvar en 1849; los duelos abreviaban la vida de Puchkin a los 37, de Lermontov a los 27 y de Galois a los 21; Kleist mata a su amante y luego se pega un tiro sobre el cadáver, Gérard de Nerval se cuelga en una callejuela; el actor Nourrit se precipita por una ventana y otros como Poe y Schumann se hundían en la locura o en el alcoholismo; Leopardi, Schubert, Chopin y Delacroix son arrebatados por la enfermedad, el hambre y el espíritu romántico. Los románticos españoles no quedaron libres de esta fiebre que terminó con la vida de hombres como Larra, que se suicidó de un pistoletazo como consecuencia de un engaño amoroso.

Entre las viejas piedras de la tierra de frontera que es España el viajero encuentra sus raíces:

«Las ruinas son magníficas. Las tres cuartas partes del castillo son obra de la naturaleza y las forma una enorme peñasco que parece haber sido sobrepuesto en la cima del monte. Los hombres aprovecharon ese peñasco para convertirlo en fortaleza; y llenando vacíos, haciendo una pared en donde faltaba un trozo de peña, y construyendo con mampostería cual si dijéramos una obra muerta al buque natural, fabricando una puerta en una abertura que la peña dejaba, y vaciando después una parte de esa masa hicieron un fuerte inexpugnable (...) En el día hay paredes medio caídas, techos hundidos, bóvedas que se han venido abajo, ventanas y saeteras obstruidas, y en una palabra, unas verdaderas y grandiosas ruinas que las injurias del tiempo van poco a poco desmoronando. Son rarísimas las personas que las visitan, y sólo sirven de redil a las ovejas silvestres».⁴

A los escasos viajeros que recorrían los caminos españoles, por motivos de necesidad, obligación o negocio, se sumarán pronto los viajeros movidos por la curiosidad, la necesidad de conocer, azuzados por un espíritu romántico. Junto a los trocaminos venidos de Europa e Hispanoamérica existía un pequeño grupo de extranjeros adelantados a su tiempo que decidieron cambiar su fría residencia en sus países natales por los campos y ciudades de España, ganados por la diferencia indudable de la Península y sus habitantes. Serán, tanto españoles como europeos y americanos, muchos provistos de pluma y lápiz, ya sea por medio de la palabra o el trazo, los que decidan inmortalizar lo visto y lo sentido en esa España isabelina que se debate entre lo viejo y lo nuevo, sin llegar a estar nunca en parte alguna.

⁴ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca 1947, pp. 152 y 153.

LA ESPAÑA DE ISABEL II A LOS OJOS DE LOS ESCRITOS DE VIAJES.

La turbulenta historia española durante el reinado de Isabel II no deja de aparecer a retazos en las páginas de los libros de viajes. Los gobiernos moderados y de la Unión Liberal surgen en las páginas dando cabida a las figuras de la época –los espadones, Espartero, Narváez, O'Donnell...– aunque la figura de la Reina, castiza y voluble, es la que más llama la atención. Los extranjeros, donde su ideología y nacionalidad cobra un papel relevante, ven en la Reina española, en su agitada vida sentimental y en su forma de gobernar, una fuente de comentarios y comparaciones. Primacía que sólo se ve ensombrecida por la importancia que tienen los valores revolucionarios y la revolución en sí misma –los sucesos europeos de 1848, que llegarán a España en 1868, poniendo fin al gobierno de Isabel II de manos de Prim– están presentes y aún vivos en la mente de muchos viajeros románticos.

Las opiniones y críticas a la figura de la Reina son abundantes y variopintas. Favorables sin condiciones, en los casos de sus partidarios españoles, como exarcebadamente opuestas en el caso de sus enemigos. Más interesantes son las de los extranjeros, por lo general más ecuanímenes, aunque no todas son honradamente positivas o mesuradamente críticas. Algunos de ellos claramente enfrentados a la Reina vierten en sus escritos juicios y opiniones verdaderamente duras y en algunos casos injustas:

«No me llevó mucho tiempo decidir dónde iría. Durante años había deseado visitar Madrid, la capital de España y después de la revolución en ese país, en 1868, ese deseo se había incrementado. Había leído continuamente en *La Roca* y otros periódicos semi-religiosos acerca del gran éxito de los protestantes en España desde que se promulgó la libertad de opinión por las Cortes (el parlamento español) y yo estaba doblemente inquieto por ir a verlo por mí mismo porque si había un país en el mundo por el que yo había rezado incesantemente, especialmente cuando Matamoros y sus compañeros fueron llevados a presidio por causa de una de las muje-

res más bajas, la Reina Isabel, por hacer circular escritos etc., ese país era España».⁵

Sobre la inestabilidad, grande en algunas etapas, pero presente siempre, recogemos, entre los relativamente abundantes comentarios, los de Juan Cortada:

«En Palma hay mas respeto hacia los antepasados, y esto es un efecto de la morigeración de costumbres de los mallorquines, para quienes la faja de agua que los circuye ha sido una muralla contra las irrupciones sacrílegas que en la Península lo han revuelto todo de alto a bajo. ¡En cuántas cosas se conoce que se han librado hasta ahora de esa terrible plaga! ¡Quiera el cielo que no invada este país privilegiado! ¡Ay entonces de los mallorquines, ay de sus costumbres, del reposo y de la seguridad que en la isla se disfruta! En el siglo actual (XIX) se han hecho aquí muchas mejoras materiales que aumentan la dicha de los isleños, mas por fortuna sus cerebros no han padecido todavía ese febril desasosiego que arrebata a los pueblos cual un huracán, y que si no calma, al fin los conducirá a la anarquía para sujetarlos después al yugo de un férreo despotismo (...)».

Que continúa diciendo:

«En esta ciudad las opiniones políticas han dividido a los habitantes en moderados y exaltados, y también ha habido aquí sus pronunciamientos corrientes; aunque siempre mucho más tarde que en la Península. A veces la milicia y la tropa han estado cara a cara con las armas cargadas, pero nada más, y constantemente se ha terminado la cosa con resol-

⁵ JOHN GADSBY: *A visit to Spain in April 1870*, Londres, Gadsby 1870, p. 4. Sobre ella dice el mismo autor: «Los españoles la llaman "La Reina de las putas" que puede traducirse modestamente como la reina de las mujeres de mala vida; tan mala que nadie sabe quién es el padre de sus hijos; pero no tan mala como para evitar que el Papa la llame su querida hija, siendo su virtud que puede encarcelar a los protestantes sin escrúpulos».

ver que se seguiría la suerte de la Península. El partido vencedor se da por contento con destituir a algunos empleados distribuyendo las vacantes entre sus adictos, de manera que en último análisis la cosa queda reducida a quién se ha de calzar con los destinos, que es la tecla de todo pronunciamiento. Aquí no se ven esos motines populares que amenazan disolver la sociedad, ni esos hombres extraños que en las ciudades de la Península recorren las calles en esos días funestos, y que cual los demonios de la revolución desaparecen en el acto de restablecerse el orden. En Mallorca no hay nada de eso; ni aun en los pronunciamientos se desmiente la natural mansedumbre de los habitantes, de suerte que esas escenas comparadas con las nuestras no son más que el débil e indistinto eco de la infernal gritería de nuestras sangrientas catástrofes. La tranquilidad está aquí tan arraigada que ni aun en el desorden desaparece. La tea y el puñal no amenazan a nadie y las cuestiones políticas no se convierten en la cuestión material de si lo tuyo ha de ser mío. Entre la moral y la política hay una línea divisoria que la honradez mallorquina no traspasa nunca».⁶

Entre las cuestiones de política que surgen en las páginas de los viajeros, en este caso del otro lado del Atlántico, que fueron testigos de diversos acontecimientos entre los cuales resultan especialmente señalable sus recuerdos de la que se llamó guerra de África, contra el reino de Marruecos, en tiempos del gobierno de O'Donnell: «La guerra de África abrasaba los ánimos de toda España en esos últimos meses del año 59. Como en todas partes se cuecen habas, los periódicos que no se ocupan sino de ese asunto, la de referir los actos individuales o privados que delataban el heroísmo, abnegación y entusiasmo que se albergaba en cada pecho incurrieran en las mismas puerilidades y simplezas que los del Perú y Chile en la última guerra».⁷ Éste

testigo tuvo la oportunidad de ver el embarque de la tropas bajo el mando directo de O'Donnell, y cómo las iniciales unidades de los generales que marchan a Marruecos —Prim, Ros de Olano, O'Donnell, Echagüe, Zavala y Alcalá Galiano— formaban la palabra PROEZA, lo que era señalado por la prensa y causa gran regocijo como muestra de buenos augurios entre los españoles.

Sobre estos mismos sucesos cuenta un viajero de origen inglés: «En Inglaterra se tiende a considerar esta guerra ridícula, como de niños que juegan a soldados mientras que a la gente le parece ser la expresión de un fuerte sentimiento nacional que, en la actualidad, llena a todo español, con un impulso de entusiasmo patriótico y religioso, instándoles, ahora que pueden permitirse una guerra...».⁸

La época isabelina, rica y variada en cuanto a su historia política surge con fuerza en estos cuadernos y escritos. Éstos no hacen más que constatar algo que los historiadores tienen relativamente estudiado y conocido —a pesar de ser nuestro siglo XIX una etapa a la que en el pasado y en el presente se le ha dedicado mucha menos atención de la que merece—, siendo las aportaciones más interesantes de estos relatos las relacionadas con la vida cotidiana de la época, los usos y costumbres, el arte y las formas de vida, etc., de esa España en la que las manolas, bandoleros y toros conviven con asombrosa frescura con los Grandes de España y con los genios de la pintura.

VIAJEROS Y VIAJES.

El reformismo borbónico no logró dotar a España de una red de carreteras adecuada a las necesidades que una nación del tamaño e importancia que ésta demandaba de cara a los nuevos tiempos que con la llegada del siglo XIX iban a sobreenir. Ya durante el reinado turbulento de Fernando VII esta falta de infraestructuras viarias quedó ampliamente constatada.

La difícil geografía de la España peninsular impidió que, como en Gran Bretaña, Francia o Ale-

⁶ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca 1947, pp. 37 a 41.

⁷ Pedro PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 61.

⁸ Richard ROBERTS: *An Autumn in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 321.

mania, la red de carreteras empedradas, canales y luego vías férreas se extendiera y creciese a tenor de la demanda de la revolución industrial y de los nuevos tiempos. Los canales, salvo contadas excepciones, eran proyectos imposibles para una nación cuya geografía se caracteriza por una abundancia de montañas de difícil parangón –salvo Suiza– en Europa. Problema que resultaba grande, aunque no insalvable, para la construcción de carreteras y vías férreas: lo abrupto del terreno hace cara y muy costosa la construcción de ambas en casi cualquier parte de nuestra geografía. Así, no es de extrañar que el paisaje español, a los ojos del viajero, sea «una sucesión de montañas peladas y estériles, de aspecto sombrío y carreteras larguísimas cubiertas de una espesa capa de polvo».⁹

Los enormes estragos causados por la larga guerra de casi seis años de duración contra los franceses había supuesto la casi total destrucción de los más importantes caminos y puentes existentes en la época. Muchos de los cuales no pudieron ser reparados durante el reinado de Fernando VII por falta de recursos en el erario público.

La Guerra Carlista que sumió en un pozo aún más profundo, si cabe, las arcas de la Hacienda retrasó la creación de una red viaria acorde a los nuevos tiempos que se iniciaban al comienzo de la década de 1840 con el aparente triunfo del liberalismo. Esta guerra, de siete años de duración, terminó por apuntillar a las carreteras españolas, estando éstas en peor estado que en 1808. Sólo el establecimiento de una red muy mejorada de diligencias, así como algunas obras en los caminos más transitados, permitieron acortar los viajes en casi la mitad de tiempo entre el final de la guerra de Independencia y la época de gobierno de los moderados reinando ya Isabel II.

Viajar por la España gobernada por Isabel II era aún una aventura. Salvo recorridos muy concretos el viaje se tenía que realizar por el sistema tradicional, a lomos de caballerías, siendo muy pocas las personas que se aventuraban a utilizar sus propios carruajes, fuera de algunos trayectos, dada la mala situación de los caminos y la falta de

puentes. Los caminos sin empedrar se convertían en infranqueables lodazales o asfixiantes trayectos, situación agravada por la dureza de los puertos de montaña que resultaban cortados con la llegada de las primeras nieves, en ocasiones durante semanas o meses. Probablemente, desde tiempos de los romanos, España no conocía una red de carreteras acorde a sus necesidades.

La crisis en que vivía España resultaba evidente para muchos viajeros extranjeros, viendo su causa con alguna parte de acierto: «Si se quiere entender el declive y la caída de España, hay que ir a ver los retratos (al Museo del Prado) que, haciendo de puente entre dos siglos, le ponen a uno cara a cara con los reyes y las reinas, los infantes y las infantas, de forma que ves la realeza española en todo su infantilismo e idiotéz, exactamente como él les vio; e inmediatamente uno deja de preguntarse cómo ocurrió que "la primera de las naciones" ha perdido tan estrepitosamente su puesto de orgullo para que ahora, en el año 1860, se vea obligada a "suplicar" ser admitida, como primera potencia, en el Consejo de Hombres de Estado Europeos».¹⁰

El establecimiento de líneas de pasajeros de carácter público, aunque habían iniciado su andadura en Cataluña en 1815 y en Madrid en 1819, realizando trayectos cortos y medios a poblaciones y regiones próximas, no lograron consolidarse hasta bien entrados los años cuarenta.

A partir de estos años los viajes peninsulares comenzaron a ser algo relativamente posible. La fundación de la Guardia Civil (1844) dio seguridad a los caminos españoles, algo hasta entonces absolutamente desconocido. Señala Palacio Atard que antes de esta fecha la seguridad pública estaba encomendada a cuerpos armados de carácter local y de muy escasa eficacia: fusileros en Aragón, mozos de escuadra y rondas volantes en Cataluña, migueletes y miñones en Valencia y en las Vascongadas, escopeteros en Andalucía, milicias honradas en Galicia, fusileros, guardabosques y otras partidas especiales en ambas Castillas. Estos cuerpos, con unos efectivos de 11.677 hombres eran absolutamente incapaces de garantizar siquiera la

⁹ A.C. ANDROS: *Pen and Pencil & Ketches of a Holiday in Spain*, Londres, Edward Stanford, 1860, p. 27.

¹⁰ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, p. 106.

seguridad de los principales caminos. Por el Real Decreto de 23 de marzo de 1844, bajo la dirección fundacional del segundo duque de Ahumada, seguida luego por el general progresista Facundo Infante, nació la Benemérita Institución siguiendo el ejemplo napoleónico de la Gendarmería francesa.¹¹

Próspero Mérimée, autor de *Carmen*, viajó por España entre 1830 y 1833, para regresar entre 1840 y 1846. En una carta que escribió al director de la *Revue de París* señala el colorido de las corridas de toros, el romanticismo que exhalaban los bandoleros andaluces y el embrujo de la mujer española. Mérimée cuenta que un joven inglés, cansado de buscar bandoleros sin éxito cuando encontró unos de verdad, con gran sorpresa por su parte, fue atendido con un culatazo en la boca. A pesar de esta anécdota verídica, Mérimée se siente cautivado por la figura del más famoso de los bandoleros de la época, José María «el Tempranillo», porque daba sus golpes de mañana muy temprano. Ladrón y caballero a un tiempo, ya que daba el brazo a las damas para bajar del coche, nunca decía palabras mal sonantes, y cuando se apropiaba de los objetos ajenos dedicaba a las señoras frases finas, dignas del mejor salón de Madrid o Sevilla: «Una mano tan bella no necesita de adornos». Ésta era la realidad de las carreteras de la época.

A este respecto narra uno de los viajeros: «Los frecuentes asaltos y asesinatos que sólo unos años tenían lugar en la ciudad y sus inmediaciones, atribuida a la gente del campo se evitan actualmente por los gendarmes españoles, que han introducido orden y seguridad de forma que ahora se puede pasar, incluso en la noche más cerrada, por las calles más solitarias de Valencia con toda seguridad».¹² Mientras que un inglés manifiesta con asombro la eficacia y preparación de estos guardias fundados por Ahumada: «Vimos hombres que pertenecían a esta fuerza (la Guardia Civil) en distintos

lugares del país y siempre los encontré especialmente civilizados e inteligentes. Por lo que oí y observé no se ha proporcionado a España durante el siglo actual una ventaja mayor que la formación de esta policía por Narváez, que ha exterminado las bandas organizadas que hace veinte años eran una molestia generalizada».¹³

Todavía algunos historiadores minimizan las razones que llevaron a su fundación sin comprender la necesidad que tenía la nación de un verdadero cuerpo de seguridad al servicio del Estado. Con ella la tranquilidad de los caminos quedó por primera vez garantizada. Los conductores de diligencia no tuvieron que pagar «la protección» de los más famosos bandoleros, ni los viajeros necesitaron asegurar su propia escolta y las sospechosas connivencias entre bandidos y venteros fueron quedando relegadas al pasado.¹⁴

Por los mismos años que como ya hemos visto se fundó la Guardia Civil el Estado afrontó la reestructuración de las comunicaciones terrestres, de la que tan necesitada estaba la nación. El nuevo plan de carreteras isabelino fue concebido en buena medida por Bravo Murillo, proyecto que marcó el futuro viario de España al formar una red radial –sobre la que está desarrollada la actualmente existente– en la que los criterios de orden político y administrativo se impusieron sobre los de tipo económico.¹⁵

Laborde en su *Itineraire* habla de que las únicas líneas de posta existentes en España de diligencias eran entre Madrid y Cádiz, y entre Madrid y las residencias reales. Será Floridablanca el que funde, a finales del s. XVIII, la línea Bayona-Madrid.

De los 10.000 km. de caminos existentes al final de la Guerra Carlista se repararon mediante el sistema británico de la macadanización dos terceras partes. Al final del reinado de Isabel II la red viaria se había multiplicado por dos, con 20.000 km. de

¹¹ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 195.

¹² Vicente PALACIO ATARD: *La España del siglo XIX 1808 – 1898*, Madrid, Espasa Calpe, 1980, pp. 253 y 254.

¹³ Tres carreteras generales unían Madrid con Irún, La Junquera y Badajoz, es decir con Francia y Portugal. Otras tres se dirigían hacia Coruña, Cádiz y Valencia, de esta última salían dos ramales en dirección a Alicante y Cartagena. Una red secundaria unía, mal que bien, las distintas ciudades entre sí y con la capital.

¹¹ En 1811 José I intentó crear sin éxito una Gendarmería Nacional, siendo la siguiente tentativa debida al marqués de la Amarillas, en julio de 1820, con la llamada Legión de Salvaguardias Nacionales. Proyecto paralizado por los progresistas exaltados. Se volvió a intentar por R.D. del 25 de febrero de 1833, pero el estallido de la guerra carlista frustró el intento.

¹² Hans Christian ANDERSEN: *In Spain*, Londres, Richard Bentley, 1864, p. 45.

extensión. La mitad eran carreteras de primer orden.¹⁶ Como señalan diversos autores: «La nueva red viaria, que supuso un magno esfuerzo económico por parte del Estado, figura entre los logros más destacables de la ingeniería europea ochocentista por los múltiples problemas técnicos que hubieron de resolver a la hora de conjugar un trazado racional con una geografía laberíntica».¹⁷ A pesar de lo mucho hecho —se pusieron en servicio más de mil puentes, de ellos cincuenta y uno en hierro— a final del reinado de Isabel II la propia administración evaluaba sus logros como lentos ya que aún faltaba por terminar la red de carreteras vecinales.

Todo esto permitió que las diligencias y los vehículos de dos y cuatro ruedas fueran poco a poco apropiándose de las carreteras españolas. Aunque los viajes seguían siendo penosos pues, aunque los muelles y ballestas se empezaban a imponer en muchos vehículos de transporte de personas, las ruedas de hierro, que causaban grandes desperfectos en los firmes, hacían poco confortables unos trayectos cargados de tumbos, baches y traqueteos de toda especie. Según avanzaba el reinado de Isabel II los viajeros fueron viendo cada vez menos recuas de mulas en sus viajes, sistema de transporte de mercancías que terminaría de ser sustituido en las grandes rutas nacionales con la expansión del ferrocarril.¹⁸

El viajero francés Émile Guimet describía así una de estas diligencias españolas de línea en 1862:

«El vehículo es gigantesco; es un arca de Noé porque debe utilizarse no sólo para viajeros sino también para envíos. Es enorme la cantidad de cajas grandes con que se llena la parte de arriba de forma que, si no se vuelca más a menudo es porque no hay costumbre y

porque los españoles son muy amantes de la tradición. A esta máquina se le engancha de diez a dieciséis mulas en dos filas, el cochero conduce dos, las de la pértiga; las otras tienen campo libre con tal de que tiren. Sin embargo a la cabeza se pone un caballo montado por un postillón que pertenece a la diligencia, lo mismo que el conductor. En cada posta, se le quita la brida con borla al caballo, se quita la silla y el jinete y se pone debajo un nuevo corcel al que se le hace morder la brida con borlas y látigo, cochero».¹⁹

Algunos viajeros exponen sus quejas de las diligencias ya que cuando se elige este medio de transporte no siempre las mulas responden a las órdenes del cochero:

«Todos los grupos estaban compuestos, en su totalidad o en parte, por mulas y, como parecían tener objeciones de conciencia a comenzar a cruzar pacíficamente, teníamos una escena a cada paso que requería de la paciencia y habilidad del cochero, ayudado por la gran experiencia de Cambour y los esfuerzos de los dueños de los hostales, y otros ayudantes de las casas de postas para convencerlas a dar el primer paso. Durante unos minutos nuestros oídos eran asaltados por un tornado de gritos, imprecaciones e insultos que, empezando por "Anda", anda, anda, acababa invariablemente cuando se acababa el aliento y la paciencia en una forma abreviada da, da, da y después de muchas patadas, empezaban a caminar por la carretera, o sobre los montones de piedras».²⁰

España, tras varios intentos fallidos en la península y éxito en ultramar,²¹ verá su primera

¹⁶ 8.072 km. estaban construidos ya en 1860 y ocho años más tarde 4.276 km. estaban ya en servicio.

¹⁷ José Luis COMELLAS y otros: *La España liberal y romántica 1833-1868*, Tomo XIV, Madrid, Rialp, 1983, p. 134.

¹⁸ En 1864 existían cerca de 184.000 vehículos, de ellos casi 14.000 de cuatro ruedas, con cerca de 7.500 sobre muelles o ballestas, siendo el resto sobre ejes. Todos ellos movidos por 254.500 caballerías. Estas cifras no incluyen a las 262.000 carretas movidas por 607.000 bueyes.

¹⁹ Émile GUIMET: *A travers l'Espagne, lettres familières avec des pos-scriptum en vers par Henri de Riberolles*, Lyon, Charles Méra Libraire, 1862, p. 10.

²⁰ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 56.

²¹ Nace en 1837 la línea La Habana – Bejúcar, y en 1842 el ferrocarril a Matanzas, ambos en Cuba, los primeros en funcionamiento dentro de España.

línea de ferrocarril en 1843. Unía Barcelona con Mataró, y será seguida por las líneas Madrid – Arajuez y Gijón – Sama, Barcelona – Molins de Rey, Jerez – Puerto de Santa María y Játiva – Valencia. En los primeros nueve años de vida del ferrocarril en España se tendieron 33'8 km. por año, construyéndose a partir de 1855 y hasta el final del reinado de Isabel II 4.803 km., es decir 369'4 por año. Será en esta última década del reinado isabelino cuando viajeros españoles y extranjeros puedan emplear en sus desplazamientos de forma eficaz este nuevo y revolucionario método de transporte. Los viajeros europeos que entren por la frontera francesa resultarán los más beneficiados, ya que las comunicaciones de ésta con Cataluña, Vascongadas y Levante se vieron potenciadas.²² Aún en 1862, lady Dunbar of Northfield se quejaba de que «El viajero que va a ir a España está obligado de nuevo a acogerse a la anticuada moda de viajar en diligencia ya que la línea de ferrocarril hacia el norte de Barcelona sólo está abierta hasta Hostalrich y Mataró».²³ Los viajeros románticos, a pesar de estos adelantos parciales, seguían recorriendo buena parte de España con medio y sistemas tradicionales, ya en desuso en muchas partes de la Europa Atlántica, hecho que hacía que viajar se convirtiera en una verdadera aventura, incluso por un país mediterráneo y europeo como el nuestro: «Al pasar paralelamente al carro, la orgullosa locomotora lanzó uno de esos silbidos que son como la expresión de su loca alegría y que a mí me parecieron en aquel momento la silba que daba este siglo XIX adelantado y positivo, al siglo anterior tan lento y perezoso como el carro tirado por las mulas, que tan exacta y fielmente le retrata».²⁴

²² A pesar de estos progresos las críticas no faltaron. Fontana recoge en sus trabajos una, firmada en Leipzig, que decía: «El servicio de vías es tan defectuoso como caro; de suerte que, lejos de favorecer el desarrollo de la agricultura y la industria, ha motivado el restablecimiento de las galeras y carros de transporte, fenómeno del que sólo España ofrece ejemplo en el mundo».

²³ Lady DUNBAR OF NORTHFIELD: *A Family Tour round the Coasts of Spain and Portugal during the winter of 1860-61*, Londres, William Blackwood & sons, 1862, p. 4.

²⁴ Francisco de Paula MADRAZO: *Impresión de un viaje a Barcelona*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1858, p. 62.

Con todo, el desarrollo de la red ferroviaria en la época dejó mucho que desear siendo casi constantes los comentarios sobre lo escasamente desarrollado que se encontraba en nuestra nación el tendido ferroviario: «En algunas áreas de, como se verá más adelante, no se ha conseguido ni siquiera este grado moderado de lujo en el viaje y en un lugar encontré que sólo se podía acceder a una ciudad de varios miles de habitantes a caballo. En España, sin embargo, las líneas de ferrocarriles están introduciendo mejoras tan importantes y atractivas que el número de personas que viajan en este país sin duda, en poco tiempo aumentará de forma importante».²⁵

Con el tiempo, una vez llegada la Restauración estas carencias se subsanarían relativamente, aunque es de justicia señalar que las dificultades para crear una red ferroviaria en España en relación con otras naciones de Europa era infinitamente más difícil y costosa, lo que se hizo notar en la extensión de este sistema de transporte.

Otro de los temas obligados y recurrentes de los viajeros es la situación hostelera de la época. Sería interesante contrastar los comentarios sobre estos alojamientos en otros países –Francia, Inglaterra, Italia o Alemania– en esas mismas fechas, pero si la comparación es similar a la existente en la actualidad nos llevaría a decir que eran injustos con nuestras pobres fondas.

La mayor parte de los viajeros extranjeros que recorren la geografía española no lo harán solos. Existe la figura de un cicerone que les guía y comenta las razones, comportamiento, las reacciones inusitadas de los españoles. Los viajeros se muestran agradecidos por el trato y las indicaciones de su guía, a veces un nativo, a veces un compatriota instalado en nuestro país, que les avisa sobre qué ropa llevar o qué posada es la más indicada. Estos contactos pueden realizarse con cónsules, como en el caso de Andersen o, en el caso de Soppwith, con el director de la *Revista Minera* en la que se incluía un abstract de un trabajo suyo.²⁶

²⁵ M.A. SOPPWITH: *Notes of a Visit to France and Spain in 1864*, Hexham 1865, p. 5

²⁶ M.A. SOPPWITH: *Notes of a visit to France and Spain in 1864*, Hexham, 1865, p. 47.

La cuestión de los alojamientos es una constante en los viajeros. Su situación económica, con bolsas más o menos repletas, sus contactos sociales, o el lugar en el que se encuentran –para algunos las posibilidades de elección se limitaban a un solo sitio y gracias de que existiese uno–, surgen de forma constante en sus relatos. Un estudiante peruano de visita por Europa relataba con las siguientes palabras su acomodo en Madrid: «Mi nueva posada de la calle del Prado se hallaba en el descanso del segundo piso, frente por frente su puerta de la de Ventura de la Vega. El cuarto no pasaba de modesto. (...) Estas casas son mejores que las fondas para una residencia larga, porque se vive en familia, y por halago particular que se recibe de las patronas».²⁷

Sobre las fondas en Cataluña cuenta otro viajero una anécdota graciosa y significativa sobre éstas y el carácter catalán:

«Los hijos de Barcelona se empeñan en que la primera fonda que se ha conocido en el mundo o a lo menos en España es la que hay en aquella ciudad conocida con el nombre de Fonda de Santa María. Se apoyan en que esa casa está honda, fonda en catalán, que al principio se llamó casa fonda, que se omitió después el casa y se dejó sólo el fonda, y que de aquí tomaron el nombre todas las casas donde se hospedan forasteros llamándolas fondas. (...) Cierto que las fondas son una necesidad; pero necesidad muy mala. Llega el hijo de su madre a un pueblo, pregunta por la fonda, le llevan a ella, y se instala. Pero ¿en dónde se instala? En un cuarto medio amueblado con cortinas blancas medio limpias, que ocultan un balcón con cristales medio sucios. Hay en el cuarto una mesita con un espejo, cuyo vidrio está medio desazogado, y entre él y el marco se presentan dos o tres tarjetas de visitas que el predecesor se dejó olvidadas. Revista la cama, la encuentra compuesta de un jergón con dos o tres colchas o sacos de castañas,

²⁷ Pedro PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 67.

que tales suelen parecer los colchones, donde debe reposar su molido o mareado cuerpo. Las almohadas siempre son bajas y se necesitan cuatro para poner la cabeza a la misma altura sobre el nivel del mar en que la tenía en su casa con una sola. En la alcoba hay una cortina de percal de colores, dividida en dos, que no cubre más de dos tercios de la apertura, ni le falta menos de un palmo para llegar al suelo. En otra parte hay una cómoda que ni es nueva, ni puede reputarse por vieja; pero está deslucida, agrietada, y tiene oxidados los escuditos de la cerraja y las asas para tirar de los cajones. La tal cómoda suele estar cubierta por una telilla de la misma pieza de las cortinas y medianamente pringosa».

Sobre la personalidad del propietario hace una sabrosa descripción cargada de olor a tomillo, humo rancio de cocina, torreznos y tintinear de calderilla:

«Preséntase el fondista, que no necesita para ser conocido que le anuncie un criado. Está gordo, se viene riendo, con un traje particular y una gorrita de algodón blanco o azul, formando el todo un uniforme y una facha que a tiro de cohete está diciendo: soy el fondista. Porque es preciso saber que todo fondista tiene una apostura y un continente particular, como hay aposturas y continentes que revelan un general, un ministro, un poeta. El fondista echa una mirada al recién llegado, y con aquel ojo escuadrinador y perito que se introduce en el estómago y en el bolsillo, conoce si el huésped es tragón o frugal, si tiene paladar francés, italiano o español y si trae dinero que esté en armonía con el paladar».²⁸

En una de las guías de la época se habla de Aranjuez como un emporio hostelero, con veinte mil plazas entre infectas fondas, cafés, posadas y casas de huéspedes. De entre éstas recomienda la guía: «El primer cuidado del viajero entonces, si no tiene

²⁸ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca 1947, pp. 229 y 230.

buscada casa, será informarse detenidamente serán menos exigentes por no entender sus propios intereses; y ajustarse, bien en la fonda de la Costurera que es barata bien en la de doña Isabel enfrente del teatro, y si quiere un trato más exquisito, aunque lo pagará a muy buen precio, no tiene más que atravesar la calle de Postas si viene con las diligencias generales que habrá parado allí, y meterse en el café o casa de la Rejina que está enfrente».²⁹

Uno de los primeros restaurantes de calidad y categoría que conoció la España ochocentista fue el aún existente Lhardy. Cuenta Roberts: «Las provisiones para el viaje las habían puesto los almacenes del café L'Hardy (sic) y dos cestas de aspecto formidable estaban llenas hasta los topes, un cargamento variado de té, café, azúcar, sal, pimienta, mostaza, vino, latas de conservas de carne y sopa, patés y jamón y un suplemento de teteras y cafeteras, latas, jarras, cuchillos, tenedores y cucharas».³⁰

Otro trotacaminos durante su estancia en una fonda camino de Granada le llamaba poderosamente la atención que, nada más asomarse a la venta de ésta, una multitud de mendigos, «plaga abundante y enojosa en toda España, comenzaba a gritarme desde la calle: ¡Señorito!, bajaba la vista sorprendido, y tenía que tirarles alguna moneda o que retirarme de ellos». Narrando en otra parte de su libro la precaria situación de los alojamientos en las casi desconocidas y poco visitadas islas Baleares. ¡Cómo cambian las cosas en sólo un siglo!:

«(...) deben tener otro (empeño), y es el de hacer caminos y establecer posadas; pues sin que comience por esto será difícil que salgan airosos en su tema. Sólo una afición muy decidida puede dar el valor necesario para no volver a Palma después de la primera jornada, porque en efecto, y está muy lejos de ser una exageración, no hay cristiano que pueda andar por las sendas, que no caminos, que conducen de uno a otro punto. Y cuando el viajero moli-

do, quebrantado y cubierto de sudor llega por fin a un pueblo le aguarda una mala y asquerosa posada, y una cama a propósito no para dormir, sino para quitar el sueño al primer dormilón del mundo. Al llegar a esa posada es mucha fortuna si el viajero encuentra una silla en que sentarse, y en cuanto a mesa para escribir o dejar títeres, o espejo por si quiere afeitarse, y a otras cosas muy sencillas, es ocioso que piense en ellas porque al señor hostelero no se le ha ocurrido nunca que el viandante pueda necesitarlas. Ya no se habla de comida, porque si en cada punto de los vistos hasta ahora se encuentra una posada en que le guisen a uno lo que trae es lo sumo de la ventura. Nada de esto son exageraciones, sino la verdad pura, neta y aun rebajada, y quien no lo crea siga la ruta que nosotros hemos llevado, métase en las posadas públicas y quedará divertido. ¡O tú, lector que aciertas a ver este diario! Si te diere la tentación de visitar la isla piénsalo bien antes de ejecutarlo, porque si te arrepientes de haber comenzado será muy a costa de tus huesos y de tu estómago. Por fortuna el carácter amabilísimo y en extremo obsequioso de los mallorquines ahorra el mal estar de las posadas, porque la más sencilla carta de un amigo basta para que a uno le hospeden magníficamente en una casa particular; mas el camino no lo ahorra nadie, y a la vuelta de dos días le tiemblan a uno las carnes cuando recuerda que a la mañana siguiente ha de continuar el viaje».³¹

ENTRE LO CASTIZO Y LO EXÓTICO: ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES ANTE LOS OJOS DE LOS QUE RECORRÍAN LOS CAMINOS.

Las noticias y curiosidades que señalan los viajeros son muchas, especialmente destacables en el caso de los no españoles que encuentran las costumbres y usos más sorprendentes que los nacionales, al estar éstos acostumbrados a las formas

²⁹ Anónima. *Guía pintoresca-descriptiva del Real Sitio de Aranjuez*, Madrid, 1844, p. 9.

³⁰ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p 167.

³¹ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca, 1947, pp. 166 y 167.

de vida de su país. Con todo, es de señalar cómo entre unas regiones y otras de España los modos de vida cambiaban sustancialmente fruto de una sociedad aún no coexionada, que aún conserva íntegras todas sus peculiaridades, por causa de los difíciles medios de comunicación, escaso contacto entre las recién creadas provincias, gracias a lo cual zonas como las montañas de Santander, la Galicia agreste, las desoladas Hurdes, la fértil huerta valenciana o la seca y sobria Castilla mantienen íntegras sus formas de vida y tradiciones. Sería en tiempos de Primo de Rivera, con la entonces nueva red de carreteras, o especialmente durante el franquismo —líneas de «camionetas», radio y teleclub, Sección Femenina y servicio militar— cuando la sociedad española comenzará a igualarse para crear un modelo más homogéneo de formas de vida.³²

Tovar en su libro de viajeros románticos cita la siguiente anécdota sacada de un libro de época:

«Los extranjeros se acomodan con dificultad a esta familiaridad; los ingleses sobre todo; que se hacen servir en bandejas las cartas, que cogen con tenacillas. Uno de estos estimables insulares, que iba de Sevilla a Jerez, envió a su calesero a que comiera en la cocina. El hombre, que, en el fondo de su alma pensaba hacer una gran honor al hereje sentándose a su mesa, no hizo la menor observación, y disimuló su enojo con tanto cuidado como un traidor de melodrama; pero en medio del camino, a tres o cuatro leguas de Jerez, en un desierto temeroso, lleno de barrancos y malezas, nuestro hombre hizo apearse al inglés y le gritó, fustigando al caballo: "Milord, usted no me ha creído digno de sentarme a su mesa; yo, don José Balbino de Bustamante y Orozco, le juzgo a usted mala compañía para ir sentado en esta baqueta. Buenas tardes". A los criados y demás servidores se

les trata con una dulzura familiar, muy diferente a nuestra cortesía afectada (...) España —dice seguramente Gautier— es el verdadero país de la igualdad, si no en palabras, por lo menos en hechos (...) la marquesa pasa sonriendo por encima del cuerpo andrajoso de los vagabundos que duermen atravesados en el umbral de su puerta, y cuando va de viaje no hace ningún asco de beber en el mismo vaso que el mayoral, el zagal y el escopetero que la conducen».³³

A muchos de los viajeros que recorrieron Andalucía les llamaba la atención la forma de vestir de los hombres, ya fuesen jóvenes o viejos, aristócratas o plebeyos, pues siempre se cubrían con una capa, de vueltas rojas de grana, lo que les daba —al ir embozados— un aire de bandidos que sorprendía y daba gran colorido a las calles de sus ciudades.

Lady Dumbar aconseja a las extranjeras que se propongan visitar España fruto de su experiencia: «Es mejor para las señoras llevar seda negra o trajes de color oscuro. Los franceses han introducido los tocados pero los sombreros son totalmente desconocidos a los ojos de los españoles y causan la mayor consternación y sorpresa. Era divertido observar las expresiones de mudo asombro de los que veían a una mujer con sombrero; se volvían, se quedaban quietos y observaban hasta que ella desaparecía de su vista. Como las calles de Barcelona estaban extremadamente sucias, nos recogíamos los vestidos; esto hacía que las ancianas se precipitaran fuera de sus casas y tiendas y tirasen fuertemente de nuestras faldas; era difícil tranquilizarlas o hacerlas entender que los llevábamos así a propósito».³⁴

Gautier se siente enormemente interesado por la figura de las manolas, su desparpajo para unas cuestiones y su profundo conservadurismo para otras. Cuenta Gautier:

«Un día recorriendo el Rastro, después de

³² La intromisión masiva de la televisión, la llegada de las hamburgueserías junto a 24 horas al día de fútbol y telebasura han logrado hacer una sociedad casi carente de peculiaridades nacionales y regionales al servicio de un modelo televisivo de formas de vida de factura norteamericana.

³³ Alfonso de FIGUEROA Y MELGAR: *Viajeros románticos por España*, Madrid, 1971, p. 53.

³⁴ Lady DUNBAR OF NORTHFIELD: *A Family Tour round the coast of Spain and Portugal during the winter of 1860-1861*, Londres, William Blackwood and sons, 1862, p. 14.

haber saltado por encima de un gran número de pordioseros que dormían tendidos en tierra en medio de horribles andrajos, me encontré en una callejuela desierta; y allí vi por primera y última vez a la manola tan deseada. Era una muchacha alta y fornida, de unos veinticuatro años, la edad más avanzada que pueden llegar las manolas y grisettes. Tenía la tez tostada, la mirada firme y triste, la boca un poco gruesa, y un no sé qué de africano en el corte de su cara. Una enorme mata de pelo, azul a fuerza de ser negro, trenzada como el asa de un cesto, le rodeaba la cabeza, sujeta por una gran peineta de teja; llevaba en las orejas pendientes de cuentas de coral, y adornaba su cuello moreno un collar de la misma materia; una mantilla de terciopelo negro encuadraba su cabeza y sus hombros; su traje, tan corto como el de las suizas del cantón de Berna, era de paño bordado, y dejaba al descubierto sus piernas finas y nerviosas, calzadas con medias de seda negra, muy estiradas; los zapatos eran de raso, a la moda antigua, y su abanico, rojo, temblaba como una mariposa de cinabrio entre sus dedos, cargados de sortijas de plata».³⁵

Guimet, en las cartas a su madre que componen la obra, enumera los distintos tipos de atuendos que llaman sus atención: Los colores de la ropa los califica como poco chillones; los abrigos de todas las formas y colores juegan un importante papel en el modo de vestir de los españoles; los hay negros, marrones, rojos, largos y cortos, siendo muchos de ellos muy sucios y una gran cantidad remendados de tal forma que ya no se encuentra el material original en que fueron cosidos, junto a otros tan agujereados que parecen una red de pescar. Señala también, sorprendido «la abundancia de sacerdotes con sus enormes sombreros en forma de teja y, entre estos grupos las españolas con sus mantillas negras».³⁶

A esta misma línea dice Cortada:

³⁵ Teófilo GAUTIER: *Viaje por España*, Madrid, Espasa Calpe 1932, tomo I, p. 35

³⁶ Émile GUIMET: *A travers l'Espagne, lettres familières avec des post-scriptum en vers par Henri de Riberoles*, Lyon, Charles Méra Libraire, 1862, p. 21.

«Los coloreados trajes de los concurrentes, la blanquísima toca de las mujeres, los inmensos calzones de los hombres, sus vastos sombreros negros y blancos, el bullicio, el movimiento y la alegría general daban al espectáculo un aire absolutamente nuevo, graciosísimo y muy mucho agradable (en los toros). (...) El lujo era mayor que ayer, el de las mujeres consiste principalmente en las cadenas de oro, cruces de Malta, cruces latinas, y los botones del jubón; y el de los hombres en las telas de que se compone su traje. Sin más diferencia que los colores casi todos los jóvenes elegantes llevan lo mismo, habiendo tomado por tipo a uno de ellos su traje era el siguiente: Zapatos de seda color de perla, media de seda de color carne, calzón anchísimo de gro de color de café, en vez de faja un pañuelo de seda rollado a manera de una madeja, camisa de lienzo fino con chorreras, chaleco de raso negro, chaqueta de tafetán negro, corbatín de seda de mil colores, pañuelo de seda en la cabeza y encima el sombrero negro de ala muy ancha. El todo era elegante y hacía muy bien, y cuando el ojo se ha acostumbrado a estos inmensos calzones agradan mucho, eindudablemente visten más que de medida regular(...)».³⁷

Continuando el mismo autor:

«Los hombres y las mujeres se adornan, pero el calvo no miente llevando peluca, ni el entrecano se tiñe el pelo, ni la mujer se pone mudas en el rostro, ni se mete los pies en prensa para que aparezcan mas menudos, ni suple con cabellos postizos la falta de los propios ni la apretura del corsé magulla sus carnes, ni las obliga a tomar una dirección forzada ni creen que el vestido de baile deba ser menos público que otro cualquiera: no, aquí lo que figura existe, las cosas son lo que parecen ser, y nadie quiere engañar ni ha de temer ser engañado (...) Compadezco a los hijos de las ciu-

³⁷ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca 1947, pp. 211 y 212.

dades que nos sumergimos desde nuestros primeros años en esa atmósfera envenenada; mirad nuestras cabezas y las veréis blancas o desnudas en edad temprana, contempladnos siempre afanados buscando placeres que nunca satisfacen nuestros deseos, y si vosotros pudierais penetrar en nuestros pechos os pasmaría descubrir que en el corazón del hombre puedan agitarse tantas tempestades».³⁸

El inglés Roberts señala cómo el uso del «eterno paño pardo» marrón de los pastores empezaba a cambiarse por el uso de tejidos con colores más brillantes. Las mujeres llevaban calcetines de color rojo vivo y enaguas azules o amarillas, estando de moda las últimas, y afirma que «uno pronto se da cuenta de la extrema belleza de los tintes españoles. Sus escarlatas, verdes y amarillos, no tienen rival en cuanto a claridad y diferenciación de tonos, tan distintos de los colores terrosos y aburridos fabricados en Inglaterra».³⁹

Si hay algún grupo de españoles que despierte especialmente la atención entre los viajeros extranjeros éstos son los andaluces, especialmente sus mujeres que pasan por ser las más bellas de la España isabelina: «¡Mujer encantadora! Resulta inimitable su coqueto ondular del mágico abanico, el porte majestuoso de sus graciosas formas, las estremecedoras miradas de sus bellos ojos. Mi naturaleza susceptible quedó emocionada hasta un punto tan alarmante por sus incomparables encantos que temí por los votos de soltería que había hecho en la vieja y flemática Inglaterra».⁴⁰

Las guipuzcoanas no parecen irles a la zaga: «Los guipuzcoanos son una buena raza, afables, buenos, leales, muy hospitalarios, acogen a los extranjeros con solicitud; duros e inflexibles con sus enemigos. Tienen como honor su antigua nobleza, guardan sus privilegios celosamente y los han defendido siempre con empeño. Las mujeres son hermosas, su piel es de una blancura considerable y

sus cabellos son magníficos. Son honradas, elegantes en su porte y la historia ha proporcionado frecuentes pruebas de su vigor físico y de la solidez de su carácter».⁴¹

Sobre las peculiaridades de los catalanes en relación a otros habitantes de la piel de toro, afirma un autor: «Barcelona es una ciudad muy activa, muy hermosa, muy progresista, pero mucho menos simpática que las otras capitales de España. La gente es áspera y no parece vivir sino para el negocio. Las mujeres no son bellas y choca la tosquedad de sus pies. Aun las más favorecidas por la naturaleza no pasan de buena moza por sus formas abultadas, y por su voz desapacible y bronca, porque aunque hablan castellano, cosa que hacen pocas veces, conservan siempre el dejo catalán; y por otras mil peculiaridades más propias del sexo fuerte, que de la mitad preciosa del linaje humano».⁴²

En cuanto a los vascos encontramos: «Los vascos parecen ser el blanco del resto de la Península y muchas son las bromas que se cuentan sobre su orgullo, idioma y pronunciación. Como son descendientes de los antiguos ocupantes de España sin contaminación de sangre árabe, cualquiera de ellos, por pobre que sea, se considera un caballero. Se dice que sostienen la idea de que Adán habló vasco, cuyo idioma, que Tubalcain trajo a España mucho antes de la confusión de lenguas en Babel, ha continuado desde entonces».⁴³

Entre los muchos viajeros extranjeros que recorrieron los caminos de la España isabelina el que mejor describe, con mano magistral, a los venteros, curas, majos y majas es el inglés George Borrow. Viajero extravagante, repartidor de biblias protestantes, no le interesaban ni las obras de arte ni los monumentos, ignoraba y despreciaba las piedras, siendo sus retratos de los españoles de la época acertados y cargados de colorido.

⁴¹ A. GERMOND DE LAVIGNE: *Itinéraire de L'Espagne et du Portugal...*, Paris, Librairie de L'Hachette et Cia., 1866, pp. 13 y 14.

⁴² Pedro PAZ SOLDAN Y UNANUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 80.

⁴³ Richard ROBERTS: *An Autumn tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 150.

³⁸ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca, 1947, p. 216.

³⁹ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 87.

⁴⁰ A.C. ANDROS: *Pen and Pencil sketches of a holiday scamper in Spain*, Londres, Edward Stanford, 1860, p. 125.

Desde el punto de vista de los extranjeros, el español no siempre obtiene una consideración positiva. Sin embargo, autores de tanto prestigio como Andersen, recuerdan con afecto la presencia de españoles en su país durante la guerra de la Independencia: «Yo era un niño entonces. Un soldado español me cogió en sus brazos, me besó y apretó contra mis labios una estampa de la Virgen. Éste es mi primer recuerdo. ¡Entonces yo tenía tres años!».⁴⁴

Volviendo una vez más a los escritos de Pedro Paz Soldán, en este caso referentes a las clases más populares de entre los españoles decía: «La clase popular en España, aunque tosca y grosera a más no poder, es mejor que la de muchas otras partes: muy honrada, muy servicial y muy delicada; muy espontánea y muy original en sus chistes». ⁴⁵

Giménez Serrano en su *Manual del artista y del viajero en Granada*, de 1846, coincide con otros publicistas en su juicio sobre los españoles y los andaluces –granadinos en su caso– en particular. Dice:

«El trato es franco y sincero, sin las ridículas trabas de exagerada etiqueta y hasta en las clase baja hay ciertas maneras escogidas, que distan mucho de la insolencia y grotesca grosería de que hacen alarde en otras ciudades que tienen fama de muy cultas (...). Los hombres son muy sociables, obsequiosos con los forasteros, y más risueños que graves; entusiastas de las obras de la imaginación, y muy pagados de su hermoso país. Las mujeres se distinguen por la gracia de sus rostros, la belleza de sus ojos y por sus cabellos largos y de color ébano. Tienen mucha agudeza en la conversación y agradable manera de decir (...). En sus trajes son lujosas como las damas de la Corte. El pueblo bajo, que conserva muchos giros orientales y palabras árabes en su plática, es animado y pintoresco en su estilo; reli-

gioso, amante de sus reyes, generoso, sobrio y muy limpio y esmerado en la condición de su traje». ⁴⁶

Sobre Mallorca dice Cortada: «(...) diré que llaman la atención en toda la isla los ojos de las mujeres que son negríssimos y hermosos; y en Arta es cosa que salta a la vista de cualquiera el despejo de las mujeres muy superior al de los hombres. La frenología tiene mucho que estudiar allí, pues casi todos los hombres presentan la frente muy deprimida, al paso que la de las mujeres es ancha y despejada». ⁴⁷

Muchos extranjeros quedan asombrados por la cortesía y amabilidad sencilla de la que hacen gala todos los españoles. Educación sencilla y despreñada, libre de afectaciones de la que hacen gala desde los Grandes de España hasta las clases más bajas lo que les llama poderosamente la atención. Hans Christian Andersen relata cómo, acompañado por un amigo, no le cobran el papel que desea comprar. «Mi casa es suya» le dice el dueño. ⁴⁸ En esta misma línea señala otro autor:

«En uno de nuestros paseos por el campo nos perdimos en una carretera que atravesaba un espeso bosque, pero, afortunadamente, nos encontramos con un anciano que enseguida entendió nuestra pregunta y, como el camino que nos recomendaba era difícil de seguir, nos condujo a través de plantaciones de olivo, cruzando los campos y a través de un bello sendero en un caminito estrecho, hasta un páramo con ondulaciones desde el que teníamos buena visibilidad. Le ofrecimos una recompensa económica por la molestia que se había tomado pero no la aceptó. Nos dio la mano y contestó a nuestras expresiones amables. Lo menciono como ejemplo de la gran cantidad de manifestaciones similares de buenos sentimientos y atención considerada. For-

⁴⁴ Hans Christian ANDERSEN: *In Spain*, Londres, Richard Bentley, 1864, p. 136.

⁴⁵ Pedro PAZ SOLDÁN y UNANUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 69.

⁴⁶ G. GIMÉNEZ SERRANO: *Manual del artista y del viajero en Granada*, 1846, pp. 22 y 23.

⁴⁷ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca, 1947, p. 154.

⁴⁸ Hans Christian ANDERSEN: *In Spain*, Londres, Richard Bentley, 1864, p. 129.

mar una disposición semejante debía ser un objeto principal de todas las escuelas».⁴⁹

Emile Guimet también observa estas características en los españoles en la costumbre de ofrecer cigarrillos y en la obligación de aceptarlos: «Este detalle está en las costumbres españolas; Aquí todos piden y todos ofrecen todo y para todo; líbrense de no dar o de no aceptar». Esta costumbre le llevó a tener que beber vino en la copa de un extraño,⁵⁰ lo que no impedía que en algunas posadas algunas mujeres escondieran objetos de los viajeros con el fin de quedarse con ellos como señala Roberts.

Otra de las costumbres que más llaman la atención, junto al carácter amable y pacífico de los españoles ya señalado, es la facilidad con que se tornan fieros y combativos no dudando en derramar su sangre por cuestiones de honor, así como por cuestiones que en otros países no provocarían más que riñas de escasa importancia: «Todos los países tienen su lado oscuro y alguien que quisiera perfilar el carácter español no debería perderlo de vista; como, por ejemplo, la facilidad fatal de la navaja como instrumento de herida mortal en conflictos ocasionales que en Inglaterra provocarían puñetazos comparativamente inofensivos».⁵¹

La religiosidad de España es otro de los temas recurrentes. Muchos son los viajeros que se asombran ante la contemplación de los pasos de una procesión en Semana Santa o del fervor popular. En España, la tradición religiosa ha gozado de profunda raigambre que pervive a lo largo de las épocas, aunque, al parecer, no siempre bien entendida:

«En España el hábito no hace sólo al monje sino también cubre al santo. Más de un habitante del cielo es vestido ricamente. Además se le pide su favor y se cree que tiene poderes. La Virgen misma no queda fuera de estos prejuicios. Es a la más bella a quien se dirigen preferentemente las plegarias. En lo

que respecta a Dios a nadie se le ha ocurrido jamás representarle con pantalones cortos, medias de seda y sandalias con hebillas. Pero nadie se ocupa de él en España. Ni le conocen, ni le veneran, ni se invoca a otro que a la Santísima Virgen. Para ella sola son los exvotos, las flores, los ricos regalos, todo el incienso, todos los violines, para ella sola todo el amor. Dios es un mito del que apenas se habla, al que no se reza, y que sin duda muchos imaginan como un personaje de fábula o una invención de los poetas».⁵²

Los escasos conocimientos sobre un tema tan complejo como el de la religiosidad del pueblo español, hechos a vuela pluma, llevan a estas poco cualificadas opiniones. La veneración al Cachorro en Sevilla, al Cristo de la Buena Muerte en Málaga, o al Cristo del Pardo en Madrid son prueba de la subjetividad en el análisis de Paulin Niboyet. Esto no implica que la devoción mariana en España sea enorme y la principal devoción, tanto en el pasado siglo como en el actual. La vieja enseñanza del colegio de «reza a la Virgen para que ella interceda ante su hijo» es seguida desde siempre por los españoles. Explicación de una devoción muy relacionada con la España que Costa titularía como de la oligarquía y el caciquismo.

Frente a esta interpretación simplista de la religiosidad española, existían otras mucho más inteligentes y perceptivas. Andersen percibe todo el romanticismo y la sencillez de los españoles, y así se emociona con las oraciones y el olor a incienso que despide esta manifestación de religiosidad popular:

«Delante del altar está el pósito, la gente estaba arrodillada devotamente; y, salió de la inmensa puerta de la iglesia el sonido del órgano, y el perfume a incienso y el canto del coro. Entré bajo el techo de bóveda ojival; todo era seriedad y grandeza. Pero el sol de dios no podía entrar a través de las ventanas roma-

⁴⁹ M.A. SOPPWITH: *Notes of a visit to trade to France and Spain in 1864 by...*, Hexham, 1865, p. 58.

⁵⁰ Emile GUIMET: *A travers L'Espagne lettres familières avec des post-scriptum en vers par Henri de Riberoles*, Lyon, Charles Méra Libraire, 1862, p. 173.

⁵¹ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 195.

⁵² Paulin NIBOYET: *La Reine de L'Andalousie. Souvenirs d'un séjour à Seville par...*, París, Jules Tardien, 1858, p. 83.

das; y un profundo crepúsculo acentuado por el humo del incienso se cernía en el interior y mis pensamientos sobre el Todopoderoso me abrumaron y deprimieron. Eché en falta el amplio patio fuera de la catedral, donde el cielo era el techo, donde los rayos de sol jugueteaban con los naranjos y sobre el agua, donde los piadosos rezaban arrodillados. Allí, los acordes dulces del órgano llevaron mis pensamientos al Señor de todas las cosas. Ésta fue mi primera visita a una iglesia española».⁵³

La formas en que los españoles asisten a misa, uno de los actos fundamentales de cualquier ciudad o pueblo, grande o pequeño, de España es un tema recurrente. Comenta Juan Cortada en relación a la poco visitada y no por entonces muy conocida isla de Mallorca: «(...) la mitad superior está llena de bancos sin respaldo y en lo último hay uno que lo tiene. Éste es el del ayuntamiento, y los otros son para sentarse los hombres; y en la mitad inferior de la iglesia se colocan exclusivamente las mujeres las cuales se sientan en el suelo. En la misma catedral de Palma sucedía esto hasta hace muy pocos años, en que las señoras han introducido la costumbre de hacerse llevar una silla o un taburete que se pliega; mas en los pueblos en donde los usos se conservan más religiosos y largamente, no ha entrado todavía esta novedad que en disputa es cómoda, decente y noble».⁵⁴

Ayer, igual que hoy, la fiesta de los toros resulta otro foco de atención, con juicios a favor y en contra, por parte de aquellos que no siendo españoles o de naciones con iguales tradiciones, quedan atrapados por la fiesta en sí misma o por lo que ésta supone. La mezcla de los toros y la concepción religiosa de los españoles, unidas entre sí con absoluta tranquilidad, es señalada por diversos viajeros:

«Lo que es aún más particular es que la religión haya tomado bajo su protección el deporte nacional español y que en la propia

plaza, que recuerda más vivamente a los sangrientos circos romanos y las matanzas de los primeros cristianos, la Iglesia española erija sus altares y celebre el misterio más elevado de la fe católica. Se pensará que es casi increíble, siendo, sin embargo, totalmente cierto que la capilla constituye uno de los despachos anexos al ruedo y cada vez que tiene lugar una corrida, se escucha misa con regularidad y todos los que van a tomar parte la oyen; además, siempre hay un sacerdote durante el desarrollo de la corrida para administrar los últimos sacramentos de la iglesia romana en caso de cualquier accidente grave. La capilla de la plaza de toros de Madrid, que visitamos la mañana anterior a la corrida está situada al lado de los establos. Un lugar extraño para un edificio así».⁵⁵

A la sensibilidad «proverbial» de los británicos por los caballos, perros y gatos, le resultaba especialmente insufrible la triste suerte que le esperaba a muchos caballos en el ruedo: «En diez minutos, dos caballos más están luchando en su agonía de muerte, mientras que aquellos que todavía pueden seguir la pelea, se mueven sin la mitad de sus vísceras, pisando sus propias entrañas, y la arena queda cubierta de más de un charco de sangre».⁵⁶

La existencia del negocio de la reventa en los toros y en el teatro se señaló con sorpresa por algunos de los viajeros. Se olvidan que están en la España de la picaresca, de Rinconete y Cortadillo: «Una de las plagas de los teatros y corridas de toros de Madrid es una partida de vagos cuyo único oficio es recoger y monopolizar los boletos de entrada que venden a última hora al precio que quieren; semejantes a nuestros corredores que han dado en la forma de hacer igual cosa con las Letras de Cambio, sobre Europa. No tomándose esos boletos con mucha anticipación, queda uno a merced de los revendedores».⁵⁷ Los toros son fuente obli-

⁵³ Hans Christian ANDERSEN: *In Spain*, Londres, Richard Bentley, 1864, p. 18.

⁵⁴ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca, 1947, pp. 212 y 213.

⁵⁵ Richard ROBERTS: *An Autumn in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 119.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 129.

⁵⁷ Pedro PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 61.

gada de muchos y sabrosos comentarios y perspicaces reflexiones:

«Los madrileños gustan de los toros por el arte. El bicho sale desnudo de enjalma; no hay suerte de caballo, sin que se deduzca que es, ni menos que ha sido desconocidas en España. Sólo un episodio uniforme y pesado y a que los aficionados dan un gran episodio uniforme y pesado y a que los aficionados dan una gran importancia interrumpe la clásica compostura de la función: el de la pica. El picador sale montado en un miserable caballejo, de esos que están condenados al matadero, tan aforrado el mismo de cueros como si vistiera armadura antigua. ¿Qué se propone este atleta? Uno de esos engorrosos tours de force tan minuciosamente descrito por Ercilla en *La Araucana*, sostener el mayor tiempo el empuje de la fiera en la punta de la ferrada pica. Tras una breve vacilación el hombre cede, el caballo es ensartado y destripado; el jinete descende su pesada mole por el anca, con las piernas abiertas como un jinete de palo desarzonado; y echándose para atrás como el atleta derribado...».⁵⁸

También narran algunas peculiaridades de la época, ya hoy abolidas, como la lucha de perros y toros, las luchas de fieras y otros espectáculos que recuerdan más al circo romano que a nuestra fiesta nacional:

«Por la tarde hemos asistido a un espectáculo que tiene novedad y que en su género es bueno. La función se ha dado en un circo al cual llaman plaza de toros. Está situado en un extremo de la población y entre la muralla antigua y la moderna, de manera que en rigor se halla intra muros y extra urben. Es perfectamente redondo y forma tres pisos, no puestos a manera de talús cual sucede en

todas las plazas de toros, sino perpendicularmente. El que está al nivel de la plaza y el siguiente pueden llamarse galería corrida, mas no así el tercero que está dividido en treinta y seis palcos. No hay contrabarrera, ni es necesaria, pues toda la galería tiene su parte anterior un enrejado de listones puestos horizontalmente, y es todo lo que se necesita para impedir que acontezcan desgracias. En la plaza caben unas mil quinientas personas. La función de hoy tenía dos partes, a saber, la lucha de toros con perros y la de perros entre sí. Esta segunda se ha verificado después de la del tercer toro, y como se ha corrido seis la riña de perros ha sido un intermedio. Los toros son de buena facha y los hay bastante bravos, de manera que algunos serían buenos para toros de plaza (...) El pueblo de la clase trabajadora es el único que asiste a este espectáculo, a que tampoco acuden mujeres, y sólo van allí de las clases alta y mediana un par de docenas de jóvenes de lo que gracias a su buen humor no pierden ripio cuando se trata de cosas que diviertan, o puedan dar esperanza de proporcionar un buen rato».⁵⁹

Entre las muchas peculiaridades que de España y los españoles se encuentran en estos libros unas son narradas con sorpresa y otras con asombro, ya sea por lo distinto y novedoso de los hechos, como por encontrar adelantos e innovaciones insospechadas en una nación casi africana como muchos suponían que era España. Veamos algunas muestras:

«Está en un callejón cerca de la Rambla cerca del convento de Santa Teresa, y se le da el nombre de baños de Aguirre porque sin duda se llama así su dueño. Es un huerto bastante extendido aunque mal cultivado, y en uno de sus costados hay un pequeño pórtico bastante malo y dentro de él siete cuartitos regulares. Las piscinas son de mármol del país, de color café claro, y en el cual como en casi

⁵⁸ Pedro PAZ SOLDÁN y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 55.

⁵⁹ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca, 1947, pp. 56 y 57.

todos los mármoles de Mallorca asoman pedazos de conchas, caracoles y otros mariscos petrificados. La piscina está en sus dos terceras partes hundida bajo el nivel del suelo, cosa muy desagradable porque al entrar uno en el baño parece que se meta en una tumba. En estas casas de baños hay la buena costumbre de tener en cada cuarto un batidor y un cepillo para la cabeza, tan pulcros que sin escrúpulos puede uno tocarse con ellos. Por punto general los baños son aquí muy baratos, de manera que éste que es el más caro, con ropa y todo cuesta tres reales y medio».⁶⁰

A muchos extranjeros, provenientes de países conocidamente poco aficionados al uso sistemático del agua y el jabón, la ducha y el aseo personal, no sorprende el uso que dan los españoles al agua. Uso heredado de una cultura clásica, romana, donde las termas era parte de la vida de la sociedad hispánica desde hacía siglos.

Los adelantos materiales, en nuestro caso en materia hospitalaria —como se diría hoy día—, cuidado de enfermos, medios materiales, etc., así como en la concepción de los edificios y su dotación no dejan de sorprender a otros:

«Seguidamente visitamos el hospital, el mayor de España. Los valencianos dicen que es la admiración de toda Europa. Está construido en forma de cruz; cuatro alas salen del centro en forma radial: en el centro se halla una enorme estufa cuyo calor se distribuye mediante tuberías hasta el extremo más alejado de cada ala. Esto hace que el aire sea sano y seco, pero se necesita poco calor artificial con este clima. Los pies, las cabeceras y somieres de las camas están escrupulosamente limpios; las mantas, a cuadros rojos y blancos, ofrecen un aspecto alegre. Sobre el cabecero de cada cama hay una estantería para libros, trabajos o bebidas refrescantes para el paciente durante la noche. Entre cada dos camas hay una enorme cortina de tela de tienda de

campana en un riel circular para que los pacientes se puedan vestir en privado: nadie verá esto sin caer en la cuenta de sus ventajas y comodidad en cuanto a decencia...».

Lady Dunbar también menciona La Cuna, institución que recogía a niños abandonados:

«A estos niños de tres a diez años se les envía al campo para que los críen. A los ocho o diez años, si nadie los reclama o los adopta la familia que los cuidó, se les envía a escuelas de caridad donde quedan hasta que consiguen un empleo. No pudimos saber si la mortandad era elevada o si eran débiles a la edad adulta. Se nos olvidaba decir que al lado de la puerta de entrada hay un torno en el que los padres antinaturales colocan a sus hijos: una matrona está en una habitación al otro lado para recibirlos».⁶¹

Pero no todas las instituciones hospitalarias son juzgadas de la misma manera. Francisco de Paula Madrazo, durante su visita a Zaragoza, conoce el hospital de enfermos mentales de Nuestra Señora de la Gracia, dejándonos las siguientes impresiones:

«(...) al lado de estos cuadros de tranquilidad que ofrecen los dementes pacíficos o maniáticos, contempla el observador otros horribles y desgarradores. El patio donde están las mujeres furiosas presenta un aspecto terrible. Más de cuarenta mujeres cubiertas con largos camisones, desgreñadas y sucias, dando gritos feroces, dirigiéndose imprecaciones e insultos conmueven el alma más empedernida. Todo el celo paternal y todo el diligente esmero del director son insuficientes para tener limpias y en orden a estas desgraciadas. Una vez más tuvimos ocasión de convencernos de que la mujer, ese ser encantador formado por Dios para la delicia y la ventura del hombre, en su

⁶⁰ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca, 1947, p. 228.

⁶¹ Lady DUNBAR OF NORTHFIELD: *A Family Tour round the Coasts of Spain and Portugal during the winter of 1860-61*, Londres, William Blackwood and Sons, 1862, p. 39.

abyección, en su degradación y en su demencia llega a un punto que parece fabuloso y en el que no raya nunca aquél».⁶²

No deja de ser curioso la manera en que en algunos libros se hace referencia a las costumbre de tomar baños de mar. Sobre todo si pensamos en que se habla de esta costumbre en relación a las costas cantábricas, no a las mediterráneas, siendo por todos conocida la extrema frialdad de las mismas. *El Manual descriptivo e histórico de la ciudad de San Sebastián con un apéndice sobre los baños de mar*, publicado en 1857, afirmaba al respecto que en aquellos años existían tres tipos de baños: Aquellos que se sumergían todo el cuerpo en el agua y de golpe, tirándose con formas propias de *buenos nadadores*, sistema que evitaba la congestión cerebral y pulmonar; en segundo lugar estaban aquellos que introducían todo el cuerpo menos la cabeza, lo que a criterio de la época les libraba de sensaciones penosas y de sufrir un frío repetido —¿por qué el turismo amante de los baños de mar y de la playa comenzó a frecuentar casi un siglo antes las frías costas del norte en lugar de las cálidas aguas mediterráneas?—, y dice el autor de la guía «aunque de este modo se experimenta a veces un poco de miedo y opresión, debe preferirse a menos que estos efectos no tomen demasiada intensidad. En este último caso debe limitarse a mojar la cabeza, el pecho y la boca del estómago con una esponja empapada en agua de mar antes de entrar en el baño».⁶³ Existía un tercer medio, *muy vicioso*, consistente en entrar lenta y progresivamente en el mar, lo que hace que aumenten los escalofríos, «se les ve que tiritan, inmóviles, indecisos, sintiendo sofocaciones. Estos ligeros accidentes, pudieran fácilmente disminuirse o evitar siguiendo el primero o segundo método».⁶⁴

Costumbre que enlaza perfectamente con el entonces poco extendido, pero no por ello desco-

nocido veraneo, entre los españoles. Sobre las costumbres de los madrileños al llegar la temporada de verano, con la canícula estival, cuenta Paz Soldán y Unánue que «las familias y personas pudientes emigran en esta época, unas al extranjero, otras a las provincias vascongadas, y muchas a los varios Chorrillos de sierra que posee la Corte. El más notable por su excelente clima y por concurrir a él la Reina era el Real Sitio de San Ildefonso de la Granja,⁶⁵ distante catorce leguas; el Escorial, que dista siete; Segovia, más allá de la Granja». Más adelante hablaremos de este lugar.

Otra de las cosas que sorprende a los viajeros es la inteligencia y calidad, adaptadas al clima, de las viviendas de los españoles, así como los modos de vida que en ellas se desarrollan:

«La mayor parte de las casas de la clase alta están cortadas por el mismo gusto, de manera que en el conjunto cuando se ha visto una, se tiene idea de todas. En las antesalas que preceden a las piezas de recibimiento, se ven colgados en las paredes grandes cuadros, muchos de ellos retratos de familia y de aquellos que como dice oportunamente Jorge Sand, son a propósito para hacer llorar a una nodriza, ladrar a los perros y descoyuntar de risa a un labriego. Los que hemos visto hasta ahora, no tienen notable mérito artístico pero son un documento que justifica la antigüedad de las familias y prueba el respeto de los descendientes hacia sus antepasados».⁶⁶

Este mismo autor en otra parte de su libro dice:

«(...) hemos recorrido varias calles que conservan todavía un sabor de antigüedad que se conoce a la legua, y además hay en ellas una reminiscencia por lo menos del tiempo de los árabes. Entre algunas rectas y medianamente

⁶² Francisco de Paula MADRAZO: *Impresiones de un viaje a Barcelona*, Madrid, Imprenta de F. Fortanet, 1858, p. 36.

⁶³ Anónimo: *Manual descriptivo e histórico de la ciudad de San Sebastián con apéndice sobre los baños de mar*, San Sebastián, Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1857, p. 157.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ Pedro PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 53.

⁶⁶ Juan CORTADA: *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Palma de Mallorca, 1947, p. 37.

anchas a fuer de modernas, hay muchas tortuosas y angostas, cuyas casas son antiguas y tienen aleros tan salidos que llegan casi a tocarse los de uno y otro costado, de manera que sólo se ve un palmo de cielo. Consérvansen muchas casas en que hay grandes ventanas y arcos ligeros que tan buena idea dan del gusto arquitectónico de la época en que se hicieron. A diferencia de lo que sucede en la mayor parte de las ciudades de España, subsisten aquí muchas casas vastas, con patios y zaguanes inmensos que atestiguan la grandeza de los que las mandaron construir. Hay en Palma zaguanes verdaderamente colosales, y en ellos se ven arcos anchísimos sostenidos por columnas muy bajas, barrigudas, de jaspe del país, y que en realidad no pertenecen a ningún orden de arquitectura. Al ver esos patios y esas casas de dimensiones pasmosas habitadas por una sola familia y puestas muchas de ellas en calles casi desiertas se trasladada uno a época remota y le parece ver esos palacios encantados que nos describen los antiguos romances».⁶⁷

Pero entre todas son las andaluzas, especialmente las sevillanas, las que despiertan mayor admiración. Admiración que aún perdura:

«Si tengo que juzgar por las casas privadas que vi en Sevilla, diría que las de la mayoría de la gente están maravillosamente adaptadas al clima. Durante el invierno y la primavera se ocupa la amplia serie de habitaciones de la primera planta. En verano, la familia descende y toma posesión de la planta baja. Se echa un toldo en el patio o espacio abierto que existe en las casas mejores. Realmente resulta encantador caminar por las calles estrechas y ver la entrada (a veces hecha de mármol), la puerta de hierro de trabajo ornamental, es común que sea de un bello diseño y, detrás, el patio o espacio cuadrado, con el suelo quizás de mármol y adornado con plantas y flores, con fuentes, estatuas o cuadros.

La escalera en estas casas también son de mármol y las habitaciones son amplias. En solidez y en belleza y en el valor de los materiales así como en amplitud, muchas de estas casas sevillanas son superiores a las que ocupan personas de rango o renta similar en Londres».⁶⁸

Roberts hace las siguientes reflexiones sobre estas mismas casas: «Las casas en Sevilla son proverbialmente pintorescas y aunque no las vimos en la estación ideal para apreciar su atractivo al máximo, incluso en noviembre no pudimos evitar admirar la quietud con la que los requisitos de un clima del sur se convierten en elementos de belleza. La arquitectura árabe parece poseer esta cualidad en común con el gótico, donde no se incorpora nada como ornamento y los rasgos esenciales se tratan de forma que sean todo lo ornamental posible».⁶⁹ El mismo Roberts señala respecto a las casonas existentes en el norte: «Las mansiones de este tipo se encuentran no una aquí y otra allá sino por todas partes en las provincias del norte, sin que apenas exista un pueblo que no disponga de estos memoriales de la grandeza perdida. Los balcones de madera están generalizados y muchos de ellos están adornados con bellas tallas».⁷⁰

La imagen que en los libros de viajes surgen sobre las ciudades españolas también resulta especialmente interesante. El visitante más sagaz sabrá apreciar que hay zonas que tienen un olor particular y así lo harán notar en sus obras. Veamos el caso de Castilla la Vieja: «Creo hasta que no me digan otra cosa, que este olor se produce por la mezcla de merluza, cebollas cocidas, cebollino, esencias de rosa, cigarrillos y abrigos viejos». Este mismo viajero avisado y dotado de fuerte capacidad olfativa, descubrirá que el olor es el del aceite de oliva⁷¹.

⁶⁸ M.A. SOPPWITH: *Notes of a visit to France and Spain in 1864*, Hexham, 1865, p. 79.

⁶⁹ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 324.

⁷⁰ *Ibid*, p. 53.

⁷¹ Emile GUMET: *A travers l'Espagne, lettres familières avec des post-scriptum en vers...*, Lyon, Charles Méra Libraire, 1862, p. 21.

⁶⁷ *Ibid*, pp. 41 y 42.

Señala Hobsbawn cómo tanto el trabajo industrial como la urbanización fueron, con certeza, las manifestaciones más dramáticas de la nueva vida. Siendo para Toennies la cuestión fundamental no la diferencia existente entre comunidad campesina y sociedad urbana, sino entre ciudad tradicional y ciudad industrial y moderna, «esencialmente ciudad comercial y, en la medida en que el comercio domina su fuerza de trabajo productiva, ciudad fabril». ⁷² Por toda Europa surgen ciudades grises fruto del choque de la industrialización salvaje que impera en el pasado siglo. Nacen así ciudades, mejor barrios obreros, potencialmente sediciosos, muy distintos a los nuevos barrios burgueses que poco a poco van plantando su impronta por las grandes ciudades europeas. Pero los barrios burgueses por excelencia no nacerán a todo su esplendor hasta el último cuarto del siglo XIX.

Pero a la España romántica aún no ha llegado el urbanismo moderno, para el nacimiento del barrio de Salamanca, los ensanches y las ideas de Arturo Soria, faltan varias décadas. Sus ciudades incluso la joven villa de Madrid tiene aún más cosas de su pasado del que ha de ser su futuro. Las callejuelas de ciudades andaluzas, los barrios románicos y góticos de las dos Castillas, con sus juderías, sumados a las ya muy cosmopolitas calles de Madrid o Barcelona, todas ellas en mezcla casi irreal, sumergen al viajero en dos mundos, en dos tiempos que conviven juntos y con naturalidad.

La capital del reino es sin duda uno de los principales focos de atención de los publicistas que recorrieron España y que inevitablemente pisaron las calles de Madrid. En la guía de Madrid impresa por Ginés Hernández en 1857 se hace una clara referencia a las mejoras que en la capital de España se estaban realizando:

«nuestra augusta soberana doña Isabel II animada también del brío, decisión y espíritu emprendedor que resaltaba en su abuelo, se ha propuesto asimismo llevar a cabo la obra verdaderamente colosal de dar cima a su Real Palacio terminando sus galerías y adornando y

embelleciendo en cuanto son susceptibles de adornos y embellecimiento los paseos y jardines que le rodean. El gobierno secundando también los buenos deseos de S.M. ha seguido dando impulso al movimiento de construcciones, levantando los bellos edificios del Palacio del Congreso, de la Universidad, del Teatro Real, del Hospital de la Princesa y otras de no menos gusto e importancia (...) Por último, la traída a nuestra corte de las aguas del Lozoya por medio de ese magnífico Canal de Isabel II emprendido en 1851 y concluido quizá para la próxima primavera surtirá a Madrid de aguas puras y abundantes, dará movimiento a su comercio, en fin, en el puesto que la corresponde y le promete sucesivos y mayores adelantos». ⁷³

Madrid y sobre todo los madrileños son objeto de atención. Gautier se sorprende por la afición de los madrileños a los grillos señalando el coro que se escucha por sus calles producidos por estos animalitos. Afirma que era rara la casa en la que, dentro de jaulas adornadas con cristales de madera o hierro, no tenía su grillo. Igualmente la sorprende el cosmopolitismo de la capital de España, ya que en ella *todo el mundo* habla francés, y «gracias a algunos elegantes que pasan el invierno en París y van a la ópera, entre bastidores, son conocidos perfectamente en Madrid los personajes de segunda fila más ignorados». Señala cómo:

«La calle de Alcalá, donde está el hotel, es espaciosa y bonita y, adaptándose al irregular terreno, sube gradualmente desde la Puerta del Sol y, desde su punto central, desciende hacia el otro lado en una suave rampa hacia El Pardo. Presenta una apariencia imprecionante, sería un adorno para cualquier ciudad europea. Sin embargo, todo el tiempo bulle en la mente una idea de que un conjunto de tiendas y edificios tan modernos y de una

⁷³ Anónimo: *Guía de Madrid. Calendario que comprende las provincias de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Toledo y Ciudad Real para 1858*, Madrid, Imprenta de Ginés Hernández y Artés, 1857, p. 102.

⁷² E. J. HOBSBAWN: *La era del capitalismo*, Barcelona, Guadarrama, 1981, pp. 309 y 310.

aparición tan occidental como se encuentran a cada paso, no puede ser la capital de un país tan anticuado y semiorientado como es España. Y esta sensación no desaparece cuando se amplía la observación a otros barrios de la ciudad. Vayas donde vayas, no verás un resto de antigüedad porque, incluso las iglesias que en la mayoría de ciudades se yerguen como patriarcas entre los edificios civiles, no tienen más allá de dos o tres siglos».⁷⁴

A.C. Andros comenta con desagrado la experiencia que sufrió en la Puerta del Sol de Madrid donde se vio asaltado por una nube de mendigos: «Es el punto de encuentro de cotillas, vagabundos y holgazanes que desde la mañana hasta el rocío nocturno atestan las aceras e importunan a los viandantes asediándoles con molestias».⁷⁵ Referencia muy parecida a esta plaza hace Andersen en su libro.

Un viajero peruano tras una estancia en la villa y corte afirmaba en relación a la intensa vida social que se desarrollaba en el paseo del Prado de Madrid: «Nada más bullidor, más animado, más brillante que ese verdadero salón madrileño: figúrese el lector limeño, *si licet parvis componere magna*, la parte central de nuestra escueta alameda de los Descalzos, el paralelogramo comprendido entre las verjas, lleno de buena sociedad distribuida en grupos de tertulia o circulando, mientras los carruajes desfilan acompasadamente o permanecen apostados al exterior, bajo la luz del gas (...) Los muchachos y otros pregoneros se desgañitan anunciando ¡cerillas! (fósforos de cera), agua fresca (que llevan en unos cántaros) con azucarillos, y los periódicos y periodiquillos nocturnos, muchos de ellos satíricos. Yo sentado solo y triste en mi silla, desconocido para todos, imberbe, asistía a las conversaciones de derecha e izquierda sin poder tomar parte en ellas, ¡no estábamos en Lima! sin ser notado siquiera».⁷⁶

La falta de catedral es una de las cosas que más sorprende a los visitantes de Madrid: «No hay catedral en Madrid y esto extraña como una curiosa omisión en un país tan católico como España. Indica, sin embargo, el origen comparativamente reciente del lugar, ya que sólo se convirtió en sede del Gobierno durante el reinado de Felipe II».⁷⁷ Todos coinciden en la afirmación que Madrid ya es una ciudad cosmopolita y europea entre las más destacadas de su tiempo, aunque aún conserva modos de vida, personajes, peculiaridades que le dan un aire muy castizo, que nunca hasta la actualidad ha perdido.

La gran urbe industrial de Barcelona es objeto de muchos halagos. Es sin duda la más europea de las ciudades españolas, siendo éste un cumplido que aparece en algunas bocas, especialmente francesas. Barcelona reúne para algún viajero francés todos los requisitos para encontrarse al otro lado de los Pirineos: «Centinela avanzado de la Península, es más francesa de lo que ella piensa. Barcelona es un puerto abierto al progreso, y no le falta progreso».⁷⁸

La naturaleza trabajadora, y ya ligeramente industrial de Barcelona pronto se nota por parte de los ojos experimentados de los viajeros con más kilómetros de diligencia, caballejo y traqueteo de ferrocarril en sus espaldas:

«Hay una ciudad en España, la segunda en importancia después de la capital de la monarquía, la primera sin disputa en el camino de los adelantos, para la cual no tienen sino elogios cuantos la han visitado, siquiera una vez, cuya belleza, progreso material y refinada cultura proclaman unánimes nacionales y extranjeros, y que, sin embargo, no tienen la inmensa celebridad que merece por todas esas circunstancias. Esta ciudad a que me refiero es Barcelona. (...) El viajero que se dirija a la ca-

⁷⁴ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 94.

⁷⁵ A.C. ANDROS: *Pen and Pencil Sketches of a Holiday Scamper in Spain*, Londres, Edward Stanford, 1860, p. 56.

⁷⁶ Pedro PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente*

(1859-1863), Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 67.

⁷⁷ M.A. SOPPWITH: *Notes of a visit to France and Spain in 1864*, by ... Hexham, 1865, p. 47.

⁷⁸ Anatole de DÉMIDOFF: *Souvenirs d'un voyage exécuté en 1847 par...*, Florence, Imprimeire Le Monnier, 1858, p. 49.

pital de Cataluña por la línea de Zaragoza desde Igualada empieza a conocer que se aproxima una gran capital, muy elevada sobre las demás en la escala de civilización. Aparte de la regularidad de los edificios, de la limpieza y buena forma de las calles y del lujo de los cafés, establecimientos indispensables hasta en los pueblecitos menos importantes, llama singularmente la atención del observador el bienestar que se refleja en los semblantes de todos sus vecinos. Como el amor al trabajo es un hábito tan arraigado en los catalanes, y como desde el tierno niño de seis años hasta la venerable anciana de setenta, todos trabajan desde que asoma el alba, ya en la fábrica ya en sus casas, la familia más escasa de bienes de fortuna reúne para su manutención tres o cuatro jornales diarios que la aseguran un bienestar constante y holgado. Ésta es la razón porque, apenas se penetra en Cataluña, no ve el viajero abalanzarse a la portezuela del cohe esos numerosos y repugnantes grupos de mendigos haraposos que le acosan por los pueblos de La Mancha, de Aragón y de Castilla».⁷⁹

Las ciudades cargadas de recuerdos y obras de arte medievales —castillos, catedrales, colegias, plazas porticadas—, reciben la atención de unos viajeros que creen ver a Fernán González, al Cid Campeador o al rey Fernando el Santo: los estudios de índole artístico sobre las abundantísimas obras de arte que salpican estas regiones son en la actualidad una documentación fundamental para los estudiosos de la historia del arte en España.

Como ejemplo traigamos lo que dice uno de estos libros sobre la catedral de Burgos: «Al entrar nos llamó la atención algo peculiar de las catedrales españolas: En lugar de tener espacio suficiente en el transepto para dar cabida un coro del tamaño debido, con el trono episcopal, sillas para el clero, etc., como en el caso de las catedrales de otros países, el altar mayor está flanqueado por el espacio

para dos o tres bancos y está totalmente separado del resto de la Iglesia por puertas y enrejados de hierro».⁸⁰

José de Fagoaga, en su libro publicado en Segovia en 1845, hace una buena referencia artística y geográfica relativa a los Reales Sitios de San Ildefonso, Valsaín y Riofrío. Dice, entre otras cosas, sobre la fuente de Los Baños de Diana en los Jardines de la Granja, «las salidas que forman el vistoso juego de esta fuente es el de veinticuatro, y su coste de tres millones de reales; contando como cosa segura que la primera vez que la vio jugar Felipe V, dijo: tres minutos me has divertido, pero tres millones me cuesta».⁸¹

Sobre el Real Sitio de Valsaín «En este ameno y delicioso terreno bañado por las aguas del río del mismo nombre y pintoresco por la multitud de árboles de diferentes clases que le rodean se edificó el Real Sitio, que apenas en el día conserva vestigios de haberlo sido, pues su palacio esta enteramente arruinado porque lo que existe, que es la entrada principal y algunos arcos sostenidos por columnas de piedra berroqueña, se ven en tan mal estado que muy pronto desaparecerán a pesar de su sólida construcción».⁸²

Continuando Fagoaga su periplo por tierras segovianas llega al puerto de Navacerra sobre el que da los siguientes datos: «(...) en esta venta empieza la gran subida del puerto de siete cuartos de legua y en ella las siete revueltas finalizando la última en el alto o boquete que separa Peñalara de Sietepicos y divide las dos Castillas. En una de las revueltas, hay un fuerte con el nombre de Frías, y su pila de piedra, punto donde acostumbran a descansar los pasajeros por la frescura de sus aguas y por ser la vista más pintoresca de los pinares».⁸³

⁸⁰ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 71.

⁸¹ José de FAGOAGA: *Descripción de los Reales Sitios de San Ildefonso, Valsaín y Riofrío, hechos acaecidos en ellos, con otras noticias útiles y curiosas*, Segovia 1845, p. 133.

⁸² José de FAGOAGA: *Descripción de los Reales Sitios de San Ildefonso, Valsaín y Riofrío, hechos acaecidos en ellos, con otras noticias útiles y curiosas*, Segovia 1845, pp. 207 y 208.

⁸³ José de FAGOAGA: *Descripción de los Reales Sitios de San Ildefonso, Valsaín y Riofrío, hechos acaecidos en ellos, con otras noticias útiles y curiosas*, Segovia 1845, pp. 221 y 212.

⁷⁹ Francisco de Paula MADRAZO: *Impresiones de un viaje a Barcelona*, Madrid, Imprenta de F. Fortanet, 1858, p. 40

Por su parte El Escorial es punto de visita obligada para cualquier viajero. Soppwith se refiere a él de forma elogiosa a pesar de su breve paso por la población serrana: «Ahora comenzamos a descender hacia las áreas de ricos bosques y gran belleza, y nos interesó mucho la vista de El Escorial en lo que nos permitió ver nuestro paso rápido. Su situación es singularmente salvaje, con magnífico entorno de montañas mientras que una gran parte de la zona adyacente está salpicada de un número inmenso de rocas de granito que presentan un extraordinario aspecto de desolación».⁸⁴

En su segundo viaje a España Soppwith tiene oportunidad de visitar El Escorial con más detenimiento, aunque esta vez su opinión no es positiva:

«Si no tenemos en cuenta una docena de habitaciones normales, algunas de ellas muy pequeñas, unas pocas moderadamente grandes y todas anhelando la altura que uno busca en un edificio así de grande, sólo queda resaltar la sala de las batallas, la iglesia y una curiosa librería y el mausoleo de mármol. Sin duda todos son dignos de ver pero creo que no pueden saciar las expectativas de la mayoría de los visitantes que van a ver lo que se llama la Octava Maravilla del Mundo.

Pero para el lector de historia de España y para cualquiera que haya combinado esa lectura con una minuciosa observación de los últimos acontecimientos del siglo actual, El Escorial, en sus maravillosos recuerdos y su inmensa magnitud parece anunciar al son de trompetas su lección observando el pasado y el futuro. ¡Que prueba manifiesta de exceso y pompa innecesaria! ¡Qué cantidad de millones despilfarrados en una tumba! Porque éste es el carácter de su propósito definitivo. Qué tremendamente vano ha sido el deseo de los monarcas de dar una importancia duradera y esplendor a los pobres restos de los mortales».⁸⁵

La curiosa vara de medir, con tintes filosóficos de los británicos, se muestran en estas afirmaciones en su carácter. El odio hacía España y lo español, fruto de siglos de tensiones y disputas por el control de la hegemonía mundial, sale a la primera de cambio. Quién le iba a decir a este irreverente inglés que durante el siglo XX las arcas del Estado español iban a convertir el turismo en su principal fuente de divisas. Negocio más digno que la piratería o el tráfico de opio, siendo uno de los monumentos españoles más visitado a pesar de ser grande en tamaño pero mísero en cualidades. Posición que se repite en otros ingleses:

«Toda esta belleza nos cogió por sorpresa porque todas las descripciones de El Escorial lo representan rodeado de los paisajes más deprimentes que llegan hasta sus muros, con una desnudez absoluta.

Sin embargo, cuando entramos en sus amplios patios, ahora en silencio y vacíos, empezamos a examinar el edificio con más detalle. Debo confesar mi decepción. Aunque estábamos preparados para admirar, por muy grande que fuera nuestra predisposición a su favor, no pudo transformar tal fealdad en belleza. Su forma de parrilla, una inspiración de la pedantería y la superstición combinada con la simplicidad y la grandeza del diseño y aunque no hay edificio de dimensiones tan grandes al que no se puede negar que tenga cierta majestuosidad, todavía te das cuenta de que no hay nada de qué admirarse más allá de la propia masa».⁸⁶

Sobre el lugar que eligiera Felipe II para inmortalizar su memoria en piedra afirma Pedro Paz Soldán:

«A las diez llegué al Real Sitio de San Lorenzo, como se le designa, y no hallando cuarto en el Hotel de Burguillos me pasé al de Miranda. Aunque también aquí abrasaba un fuerte sol, soplabla la delgada y fresca brisa del

⁸⁴ M.A. SOPPWITH: *Notes of a visit to France and Spain in 1864*, by ... Hexham, 1865, p. 44.

⁸⁵ *Ibid*, p. 132.

⁸⁶ Richard ROBERTS: *An Autumn tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 150.

Guadarrama, de la que carecía Madrid, y que de tarde degeneraba casi en frío.

La población del Escorial es fea y miserable, y sus calles están empedradas con las toscas piedras de las antiguas calles de Lima. El único aliciente del lugar es su temperatura, y el monumento doble de palacio y monasterio que lo hace célebre, y que no es sólo un recreo para la vista, sino que ofrece en sus vastas galerías y claustros un delicioso lugar para pasar el día a la sombra y al fresco».⁸⁷

No deja de tener cierta gracia que un hispanoamericano califique el pueblo de El Escorial como «feo y miserable», el rencor del que hasta hace poco era un súbdito colonial o la fehaciente falta de cultura y buen gusto afloran en el comentario. Entre las muchas cosas que hoy nos llaman la atención del pueblo serrano en sus preciosos y eternos suelos de granito, al más puro estilo herreriano, que superan con creces el paso del tiempo y cualquier solado posterior.

«Por allí se diseminan las familias que veranean y se las encuentra cosiendo, bordando, tejiendo o copiando los cuadros de los maestros que ornar las paredes. Así se pasa el día dentro de estos grandiosos y espesos muros de granito, que predisponen a la contemplación y elevan el espíritu, y todo como quien veranea.

Los paseos vespertinos de la pequeña sociedad residente en el Escorial eran unas veces por la afueras del pueblo, hasta la piedra llamada la silla del rey, porque allí iba a sentarse Felipe II para inspeccionar los progresos de su obra y otras veces dentro de la misma población, circulando por una de las monumentales azoteas anexas al gran edificio, y que dominan la campiña. Desde su ángulo más saliente solíamos ver en las tardes muy ardorosas levantarse como enrojecido el disco de la luna.

⁸⁷ Pedro PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 126.

La campiña no es pintoresca y aun pudiera decirse que no *excita* si bien hermosea mucho los contornos, los grandes arboles peculiares de las montañas, como robles, castaños, carrascas, encinas, etc. También se emprenden peregrinaciones para tomar el agua de diversos manantiales, que se considera muy saludable, y así como en Chorrillos se desarrolla una especie de competencia sobre el número de baños que cada cual toma, en el Escorial y la Granja, la vanidad de los desocupados veraneantes se funda en el número de vasos de agua que se echan al colete cada día.

Al efecto se fabrican por allí mismo primorosos y gruesos vasitos de vidrio para el bolsillo, esto es, chatos en vez de redondos, y diversificados en sus colores y labores, que pueden sin embargo reducirse a dos solas grandes clases: fajas rosadas y azules ciñéndolos alternados y diagonalmente, lo que hace un lindo dije que incita a beber aunque le falte el principal aliciente que es el de la transparencia.

Siendo el pueblo pequeño, unas 1.500 almas, y mucho más pequeña la colonia veraneante, todos nos conocíamos de vista, me saludo con varios, y de amistad con algunos. Poquísimas veces anduve solo y en mi calidad de extranjero sentí el peso del aislamiento mucho menos que en cualquier otra parte (...).

El Escorial poseía un teatro bastante regular al que concurríamos todas las noches. Allí vi representar "El hombre de mundo", "El tejado de vidrio" y "El cura de aldea" al célebre don Julián Romea, cuya cama en el hotel Miranda apenas estaba separada de la mía por un débil tabique de madera que me defendía muy mal de sus estrepitosos ronquidos».⁸⁸

Pero cuando se marcha hacia el sur todo cambia. A los viajeros románticos el exotismo de las ciudades andaluzas les subyuga. La pureza de líneas del románico, la magnificencia del gótico, tan medieval, o las diversiones, adelantos y riqueza de

⁸⁸ *Ibid*, p. 57.

Madrid o Barcelona quedan apagados por la luz de Andalucía, el encanto de las calles del barrio de Santa Cruz que deja entrever los patios sevillanos entre cancelas, o la magnificencia oriental de la Alhambra.

El espíritu romántico se ve más subyugado por la ciudad de Sevilla que por cualquier otra. En sus escritos dice Paulin Niboyet: «¡Pero Sevilla, magnífica, hálbame de ella! He aquí una ciudad original, viva, elegante y coqueta.... La construcción de sus edificios, sus patios deliciosos, sus balcones, la forma de sus calles, el colorido de sus monumentos, sus paseos, sus iglesias, los mismos comercios, todo tiene un sello pintoresco, su color local, su poesía real, ¡su propia vida!».⁸⁹ Todos coinciden:

«Sevilla es infinitamente superior a Granada, por ser una verdadera ciudad. Sus calles que me habían ponderado de muy angostas, lo son menos que las de Valencia y Granada, y tiene muchas tan anchas como las de Lima. Son limpias y bien empedradas, y las aceras, aunque no sean muy anchas, llenan su objeto y no parecen meros rebordes o ribetes de los edificios como en Granada. Las paredes y el frontis están muy bien blanqueados, y las casas dispuestas como las de Lima, con puerta de calle grande y de dos hojas, y zaguán y patio, aunque mucho más pequeños que los de por acá.

La población esta alumbrada con gas, y con los varios carruajes, particulares y de alquiler que cruzan sus calles, resulta una ciudad muy alegre y muy bonita. En todos los patios tienen jardines, y son cuadrados, y en el de la fonda en que me hospedé, era muy hermoso, había hasta platanares. En el verano, aunque el calor es terrible, se siente menos que en Madrid, porque se bajan al piso del suelo, rez de chaussée de los franceses, y simplemente los bajos entre nosotros, y allí

⁸⁹ Paulin NIBOYET: *La Reine de L'Andalousie. Souvenirs d'un séjour á Seville par...*, París, Jules Tardieu éditeur, 1858, p. 85. El mismo autor había publicado un año antes, en 1857, su libro *Seville, Histoire, Monuments, Mœurs, Recits*, Sevilla, Imprenta de Francisco Álvarez y Cía., en la que ensalza la belleza de esta ciudad.

viven: el patio, cubierto con un toldo como el velarium de los romanos, y adornado de espejos, cuadros, muebles y flores, se convierte en un elegante y fresco salón».⁹⁰

Sobre Granada hablan, entre otros Emile Guimet y Anatole Démidoff. Sostiene el primero que Granada es la delicia de todo tipo de visitantes: «Yo no sabría explicar la impresión que me ha causado Granada. Granada, la ciudad de los mil y un jardines, la ciudad de las ruinas mágicas. ¡Qué digo! Granada no es una ciudad, es un jardín, un bosque gigante, trémulo de fuentes y cascadas, adornado de catedrales y de palacios; es un revoltijo de árboles, de flores, de casas blancas por fuera y oscuras por dentro, dominada por una corona de osos dentados, festoneada de verdor y que llamamos Alhambra».⁹¹ Mientras que R. Roberts dice: «Se ha dicho que no existe un templo más solemne y hermoso en el mundo que la gran catedral de Sevilla».⁹²

Córdoba, sin embargo, no queda bien en la comparación con otras ciudades andaluzas: «Córdoba (o Córdova) es un lugar melancólico, un triste ejemplo del declive de una nación, un testimonio lúgubre de lo que la poderosa España fue un día».⁹³ Esta ciudad y su comarca también resulta muy mal como consecuencia del gran número de bandoleros que actúan por su entorno, ello especialmente señalado por Hans Christian Andersen. Todo esto no impidió que viajeros como M.A. Soppwith quedasen cautivados por la majestuosidad de la mezquita cordobesa. Como vemos la información de estos libros es variada y cargada de datos y curiosidades.

⁹⁰ Pedro PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE: *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú, 1971, p. 57.

⁹¹ Emile GUIMET: *A travers L'Espagne*, Lyon, Charles Méra Libraire, 1862, p. 167.

⁹² Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders 1860, p. 306.

⁹³ A.C. ANDROS: *Pen and Pencil sketches of a holiday scamper in Spain*, Londres, Edward Stanford, 1860, p. 115.

REFLEXIONES EN TORNO A LA ECONOMÍA Y COMERCIO DE UNA NACIÓN EN PLENA TRANSFORMACIÓN.

Las cuestiones económicas son las que menos interesan a estos viajeros. La realidad de una España rural se impone sobre un país en el que la revolución industrial se había realizado de forma parcial. La mayor preocupación en relación a este apartado se centra en la actitud de los españoles ante las cuestiones fabriles, que en las mismas propiamente dichas.

Al llegar a España muchos tienen la impresión de encontrarse en un país sumido en la pobreza, en el que los mendigos abordan insistentemente al transeúnte: «El escaso tráfico las calles refuerza la convicción de que el comercio está relativamente estancado. Todo lleva, en mayor o menor medida, el sello de la pobreza»⁹⁴. Y sobre este tema dice otro: «Innumerables mendigos nos asaltan en cada esquina con su inacabable súplica de "Una limosna por el amor de Dios". No hay forma de librarse de ellos (...) "Perdone usted por Dios, hermano" es un remedio infalible, como pude averiguar más tarde para sacudirse a estos molestos chupasangres a los que una enérgica descarga de expletivos en inglés tiene el efecto de hacerles que se retiren»⁹⁵.

Soppwith, asesorado por Pickman, superintendente de la fábrica de vajillas La Cartuja explica que «las clases trabajadoras en España aprenden con interés y obedecen gustosamente, son trabajadoras, pero tienen un duro espíritu independiente que hace falta afrontar con paciencia, tacto e indulgencia; en otras palabras, se les conduce mejor que se les obliga. Durante veinte años no ha habido ocasión de echar a un trabajador por falta de moderación y, hablando del gran número de compradores a los que se da crédito, la proporción de pérdidas por impagados es extremadamente pequeña» aunque a este viajero el servicio le parece irrespetuoso, afirmando tener que hacer un gran esfuerzo de paciencia para soportar su insolencia. Los británicos nunca comprendieron que los españoles era un

pueblo de hombre libres y orgullosos muy distintos, tanto en los más ricos como en los más pobres, de la artificialmente clasista sociedad victoriana donde las clases populares estaban a una distancia real inmensa de aquellos que detentaban el poder económico y político, realidad que aún se puede observar en la actualidad. En Inglaterra quien manda, manda.

Algunos viajeros, cargados de prejuicios y mala intención —fruto de sus intereses claramente partidistas— presentan a la industria textil catalana como una especie de contrabando:

«Esta industria nacional es la del contrabando. No existe otra. La verdad es que gran parte de los productos textiles en algodón y seda que se consideran producidos por los artesanos de Cataluña y de otras provincias han sido introducidos por dos o tres casas de Barcelona, casas de grandes contrabandistas, contrabandistas capitalistas, que reciben periódicamente los productos textiles en algodón y en seda de buena fabricación inglesa y francesa de Manchester y de Lyon: Únicamente les ponen el sello de España y luego los distribuyen como productos de la industria nacional».⁹⁶

Sobre los hábitos de trabajo de los españoles, y su forma de concebir la vida, o al menos por parte de ellos, resultan especialmente significativos para algunos viajeros anglosajones:

«Los españoles no conciben que se trabaje para después descansar. Prefieren hacerlo a la inversa, lo cual, después de todo, me parece más sensato. Un obrero que ha ganado unos cuantos reales deja el trabajo, se hecha al hombro una chaquetilla con bordados, coge la guitarra y se va bailar o a cortejar a las mozas, sus amigas, hasta que no le quede un cuarto; entonces vuelve a comenzar. Con tres o cuatro perrillas diarias, un an-

⁹⁴ A.C. ANDROS: *Pen and Pencil sketches of a holiday scamper in Spain*, Londres, Edward Stanford, 1860, p. 56.

⁹⁵ Richard ROBERTS: *An Autumn Tour in Spain in the year 1859*, Londres, Saunders, 1860, p. 21.

⁹⁶ M.A. DEMIDOFF: *Souvenirs d'un voyage exécuté en 1847 par M. Anatole de Demidoff*, Florencia, Imprenta de Felix Le Monnier, 1858, p. 31.

daluz puede vivir espléndidamente; con esta cantidad comprará pan blanco, una raja enorme de sandía y un vasito de aguardiente, su alojamiento no le costará más que el trabajo de extender la capa en el suelo bajo un pórtico o un arco de puente. En general, a los españoles el trabajo les parece cosa humillante e indigna de un hombre libre; idea muy natural y muy razonable, en mi opinión, puesto que Dios, queriendo castigar al hombre por su desobediencia...».